

María, toma nota

Soledad Gasman



© SOLEDAD GASMAN Edición 2025 María, Toma Nota

Registro de Propiedad Intelectual Nº 25-A-11922

ISBN: 978-956-414-933-2

MARIA, TOMA NOTA

Soledad Gasman

EN SANTIAGO

-Hace más de un año que no la usa- me dice el hombre detrás del vidrio donde recargo mi tarjeta del metro.

- ¿Sí?

Llego con el tiempo justo para ir a buscar a mi papá a su pieza antes de irnos al comedor. Su habitación huele a un talco que usa desde el tiempo en que yo era niña. Es un olor algo dulzón que no me agrada, pero no se lo he dicho como él tampoco me ha dicho muchas cosas.

-¿Buen viaje?- me pregunta a penas me ve entrar.

Lo espero en silencio que cumpla su rutina de orden antes de salir de la pieza. Cada vez que vengo el ritual es más largo hasta que lo tomo del brazo y me dejo llevar al comedor. Vamos un poco tambaleantes por el pasillo al que dan otras piezas. Me suelta antes de traspasar la entrada al comedor y se dirige a la pequeña mesa del ventanal: su lugar. Los otros residentes me saludan inclinando sus cabezas, algunos me sonríen como si nos conociéramos. Almorzamos en silencio, a él nunca le ha gustado conversar mientras come. Llega el postre, disfruta el budín de chocolate con caramelo y le comento que sólo nos faltó un poco de crema. Me mira escéptico y me dice que está bien así. El chocolate es la única tentación que le conozco. Todo parece estar bien y haber estado siempre bien para mi papá. Los demás residentes se han ido a dormir siesta; creo que ha llegado mi momento.

-Tenemos que hablar...- digo y él ladea la cabeza. Le explico que estoy viviendo en Limache, que no he dado mi dirección a nadie.

- ¿En Limache...? –me pregunta, indagando si no ha sido su memoria la que le juega una mala pasada.

- Sí, en Limache por primera vez- le aclaro, lo miro y me callo, es imposible explicar lo que me ha pasado, me limito a contarle de lo apacible que es Limache, de mi nuevo trabajo de cronista y de la gente que he conocido gracias a las entrevistas. Me escucha entusiasmado, pero no dice nada. Nos ponemos de pie y volvemos a su pieza. Voy a despedirme cuando me acuerdo que le he traído una caja de chocolates de regalo por su cumpleaños número ochenta. Observa que es su chocolate preferido y cierra su puerta cuidadosamente.

EN LA FERIA DE LA PLAZA

Es viernes y recorro a paso lento la feria, me gusta el color de las verduras. Merodeo entre los puestos y si ofrecen cosas para probar me detengo, paladeo, huelo, toco, sonrío. Las plantas suculentas crecen dentro de unos potes de greda minúsculos. Sus cuerpos parecen haber sido moldeados como bonsáis. Sus formas son perfectas; al tacto, la mayoría de ellas son suaves y dóciles, aunque con el tiempo alcanzarán otro tamaño, otra textura, me explican.

- ¿Es fácil cuidarlas? - pregunto a la mujer por decirle algo. - Sí. No necesitan más que un poco de agua. Están sanitas como ve, las puede conservar en el mismo... El camión de la basura se estaciona detrás de los puestos. El chofer acciona la tolva y su contenido empieza a ser compactado produciendo un sonido ensordecedor. Levanto los hombros, la mujer de las suculentas asiente y me voy hacia el centro de la plaza. Es una mañana otoñal de sol tibio. Me deleito con el aire aún fresco. Sin apuro miro las hojas amarillas de los árboles, otras arrastradas por el viento que empieza a levantarse suavemente. Observo los gruesos troncos descascarados y tomo asiento. Qué maravilla me digo, inclino mi espalda hacia atrás y estiro las piernas. Más allá la barredora de hojas las

limpia con una rama larga; las desplaza, las amontona; las recoge con una pala, las vacía en un saco amplio y después arrastra el saco por el sendero. Trabaja de manera metódica, sin apremio mantiene limpio el prado y los senderos; tiene una cara dulce, su cuerpo es grácil y ligero, lleva un overol verde, es evidente que no es chilena, tal vez centro americana, debe tener unos veintidós años, ¿habrá venido a Chile sola o con su familia? ¿Se sentirá contenta acá?

Escucho el motor del camión basurero, veo una estela de polvo, bolsas plásticas que vuelan y regreso a la feria dejando la conversación con la barrendera para otra oportunidad. Me llevo una lechuga y un atado de cilantro. Dejo caer la compra al fondo de mi bolsa. No se compra mucho para una persona que vive sola como yo, desde que me vine a Limache, donde me las arreglo con mis ahorros y el sueldo del periódico local. Unos zapallitos italianos tersos y brillantes, junto a unos tomates verdaderos limachinos, me aclara el vendedor de sombrero negro; él mismo los coge de su huerta, agrega, una ventaja entre muchas otras que no tenía en la ciudad donde vivía con mis dos hijos y su papá, me digo contenta y regreso a paso lento a mi casa.

EN LA BANCA DE LA PERGOLA

Camino hacia el centro de la plaza de Limache. Escucho algunas voces, levanto la vista hacia los árboles, un par de nubes no alcanzan a opacar otra mañana que me parece maravillosa. Sé que estoy en una disyuntiva, que he dejado atrás situaciones inconclusas, pero esta banca y estos árboles son un remanso. Para qué precipitarse. ¿Para qué salir de este estado de tránsito? Todo resultó de manera tan natural que acepté sin más lo que venía. Desde un hostel donde había llegado huyendo de mi casa, envié currículums a diestra y siniestra. A las semanas la propuesta de venirme a Limache me llegó al email. Necesitaban alguien que pudiese vivir aquí,

empaparse de su calor local, escribir desde el corazón, decía la misiva. Algo fácil para mí que tenía buenos recuerdos de viajes en tren a Limache, de la plaza y del Ferienheim, contesté rápidamente explayándome y resulté ser la elegida.

En este momento, escucho un taconeo que se aproxima desde el poniente. Tacos y puntas agujas de color amarillo golpean el cemento. Deslizo mis lentes oscuros hacia la punta de mi nariz: más abajo de un ajustado pantalón negro que ciñe dos piernas bien formadas, avanzan dos tobillos tatuados. Una chaqueta también amarilla y entallada cubre las caderas de una mujer de mediana edad que se mueve con gracia y una cadencia que me quisiera. Una oleada de perfume barato queda en el aire. Me pregunto qué planes habrán pasado por esa cabeza mientras se arreglaba frente al espejo. Su rastro se me pierde en el terminal de buses al oriente de la plaza. ¿Amante del jefe? ¿Entrevista de trabajo, azafata de bus...secretaria?

El cantar de mi celular me trae de vuelta. Mi hija me dice que está de regreso de la universidad, que su profesor es maravilloso, que todos los cursos le gustan, que puso una foto mía en su escritorio, que me echa de menos, que tiene que estudiar mucho, me manda un beso y me corta.

Es parlanchina y arrebatada desde niña cuando corría como una loca en su bicicleta, mostrándome sus pequeñas hazañas.

Entretanto, una anciana de paso enclenque se acerca a la banca junto a la pérgola donde estoy; la mira indecisa, su cuerpo empieza un balanceo hacia atrás, hacia delante y por fin de un impulso mayor cae sentada y se queda con la vista fija en algún punto de la plaza. Veo su perfil de nariz larga y filosa, los pómulos caídos y el costado de su boca entreabierto. Respira intervalos cortos. Sus pantorrillas están hinchadas, los zapatos le quedan grandes, sus manos de dedos nudosos empuñan el mango de una cartera vieja.

Escucho otra vez el golpetear en el pavimento, giro la vista: la de tacos amarillos viene de vuelta. Pasa delante de la banca donde nos encontramos yo y la anciana y ambas volvemos el rostro siguiendo la figura cimbreada que se aleja.

-Quien la viera y quien la ve -pronuncia la vieja con un fuerte vozarrón.

EN MI CAMA

Estiro la sábana para acomodarme otra vez, me pongo de lado, doblo mis piernas y remoloneo acurrucada sobre mi almohada, suspiro y sonrío. Tengo cuarenta y tres años; he dejado atrás la que fui por los últimos veinte años y estoy bien. Sólo me levantaré cuando mi cuerpo se harte de estar aquí. La luz de la pieza se hace más clara a través de las cortinas que aún no he abierto. El refrigerador inicia su quejido de fondo y luego se apaga. La silueta de los pocos muebles que me rodean es agradable a mi vista. Dejo pasar las horas en esta placidez. Echo atrás mi cabeza, repaso situaciones recientes que me han hecho detenerme, las miro, las palpo y me despido de ellas. Vislumbro entre sonidos que se apagan y otros que se inician la imagen de personas desconocidas que me he topado en estas calles. Imagino que las sigo como si fueran avisos de algo y luego los desecho pensando que son simple casualidad.

Recuerdo el par de canas que han aflorado. Es lo esperable a mis cuarenta y tres. Vuelvo a acomodarme y -aunque no soy de ir al pasado- retrocedo a las veces cuando mi papá me lavaba el pelo y refregaba mi cuerpo con una esponja en aquella tina de agua tibia.

BIENENSTICK

Esta tarde ventosa he venido a tomarme un café con crema al

Ferienheim y descubro que están preparando el comedor y la terraza para un matrimonio.

-Si a usted no le molesta este ajetreo -me dice la garzona y pido un café. Hace años que no entraba a este lugar, había venido de niña con mis abuelos. Tenía el recuerdo de unos árboles grandes, un prado de pasto, unos juegos que inventaba para entretenerme cuando la hora de la piscina había pasado. Observo aquellos mismos árboles, el prado y ahora, el trajín de mesas que se trasladan, de toldos instalándose, parlantes; una pantalla grande que ubican en una de las terrazas. Tal vez me asome en la tarde a curiosear, vivo acá cerca y no me canso de husmear en reuniones sociales que no me atañen. En este momento, una mujer empieza a decorar la mesa larga de los novios. Lleva la batuta. Corrige la posición de los adornos, revisa los manteles, saca brillo al espejo de un estante, va poniendo tarjetas en las mesas, le vienen a consultar a la vez que contesta el teléfono. Ahora coge un pequeño florero y lo ubica al centro de una de las mesas, lo observa y se acerca a modificarlo. Me entretiene mirarla a través de este ventanal con mi café en la mano, hojeando una revista, y sabiendo que ella ni sospecha de mí. La mesera pasa por mi lado:

-La señora de las flores es muy alegre... -me mira con suspicacia, sonrío. Levanto los ojos hacia su rostro para adivinar a qué se refiere.

- ¿Tentada de la risa? -le pregunto y se aleja sin contestarme. Entonces dejo la revista de lado y observo a la que preside los preparativos con más atención; a medida que sigo sus movimientos me empiezan a parecer conocidos. Se le acerca un joven y cuando él se aleja, ella voltea la cara y puedo ver su perfil. Sí que la conozco, pero era muy distinta, en realidad éramos distintas.

Fuimos amigas de barrio cuando estábamos recién casadas, unos veinte años atrás. Cada cual paseaba a su guagua y coincidíamos en los horarios. Había tanto de qué hablar: nuestros cuerpos deformados a pesar de los esfuerzos por mantener el peso, las mamas llenas de leche, las grietas de los pezones, las noches sin dormir, los maridos ausentes o insensibles a nuestros padecimientos. Lo largo que se nos hacían esos días de crianza marcados por las horas de las papas, las mudas, comentábamos con giros y pequeñas variaciones que terminaban siempre en lo mismo: estábamos agotadas. Nuestros respectivos esposos nos decían que parecíamos hermanas: de hecho, ambas tenemos una melena crespa, indomable y colorina. Somos de piernas y brazos largos, un poco pesados. Nuestros cuerpos de matronas, como decíamos, dejaban atónitos a algunos y para otros entrábamos en la categoría de 'gordas bien hechas'. Recuerdo que ella era hija de irlandeses y que una de las cosas que más lamentaba de amamantar era no poder tomar alcohol. A medida que tuvimos más confianza, su parloteo fue en aumento y sus monólogos sin fin terminaron cansándome, especialmente cuando insistía en las añoradas salidas a tomar. No me decido a saludarla ahora, temo su conversación imparable y me gusta que forme parte de lo que ya fue.

EN EL ESPEJO

Hoy me observo frente al espejo. La habitación está tibia. Dejo la toalla a un lado y me miro desnuda. ¡Se necesita valor para hacerlo! Qué más da. Esta soy yo. Este es mi cuerpo de amazona como dice mi amigo cantante. Poseo la altura de mi madre y el grosor del torso de mi papá. Mi piel clara está salpicada de pecas, no sé qué antepasado las tendría. Pero ahí están formando parte de mí. Las tengo en el pecho entre las axilas y en los muslos. Muchas manchas de color café pálido que no me incomodan. Me gusta imaginarlas como

huellas de sucesos vividos: mi hijo sonriendo (cosa que no hace a menudo), el sonido de la voz de mi hija parlanchina, algún hombre que tuve cerca, aquellos pasteles de mil hojas en vitrinas tentadoras, esos zapatos que finalmente compré y que me sientan tan bien. Algunas pecas aparecen también en el anverso de mis manos y en los brazos bastante más arriba del codo. Como mi piel es de color tan claro, creo que ellas matizan su palidez. Me acerco al espejo, mi cara es un óvalo pálido, un verdadero huevo blanco al que le ha crecido una melena colorina y dos orejas grandotas que se disimulan detrás de la abundancia estridente de mi pelo. Si me lo tomo como hago ahora, ellas aparecen en toda su magnitud sobresaliendo como dos platos. Son ellas la causa de no haber podido hacerme esos cortes de pelo que se llevan ahora y que dejan una oreja a la vista y la otra cubierta por un mechón coqueto. ¿Se hará cirugía plástica de orejas? De hacérmela se acabaría esa hermandad redonda entre mis orejas y mis ojos. Es extraño que las tenga tan grandes. Mi papá me decía que de curiosa se me habían ido agrandando. ¿O de tristeza? Algo así como para 'llorar mejor'. Porque era muy llorona y mañosa, una hija muy única de un papá mimador y una madre enojona. Mis ojos de color celeste pálido parecen preparados para derramar caudales de lágrimas, aunque no soy de llorar ni de inclinar el rostro hacia un lado a lo Monalisa. Ahora al hacerlo asoma esa complacencia de la que carezco. Ensayo el gesto varias veces y bajo la mirada: mis pechos demasiado separados y del tamaño de dos damascas hacen acto de presencia. Si los tuviera un poco más juntos, se me formaría esa línea sensual al oprimirlas o al agacharme como hago ahora, pero no hay caso, mis pechos nacieron divorciados. Por suerte que el exceso de dulce y crema no les hace mella. Toda la grasa de los helados, pasteles y tortas que ingiero se me concentra en el abdomen y en los muslos. La guata se me vuelve gelatinosa. Los muslos en vez de crecer hacia fuera, lo hacen hacia adentro, de manera que su roce me provoca esta

molesta irritación que tengo en la piel. A pesar del abdomen y los muslos algo desbordados, mi cintura sigue siendo estrecha si se la mira de frente y también de atrás. Me giro y alcanzo a ver la curva que se marca y aumenta con mis glúteos buenos para los agarrones. De adolescente me los daban mis amigos en un juego de tira y afloja que nos mantenía alertas.

EN EL AMOR PORTEÑO

- Eres una ilusa si piensas que podrás tener algo mejor. Ya no eres una chiquilla. Mi caso fue muy distinto, tu padre era... – la voz de mi mamá en el celular suena más aguda de lo que es. Acciono el alta voz y continuo tomándome el helado que acabo de comprar en este local.

-Se trata de tus hijos y tu marido. ¡Me puedes decir qué te pasa!- continua y recuerdo que iría a la biblioteca a buscar información...

- ¡Me oyes! –grita autoritaria, echo el celular a mi bolsillo y camino en dirección a la biblioteca. Voy por la avenida Urmeneta y la voz de mi mamá sigue oyéndose...

En la biblioteca, una mujer afable me recibe en el mesón y me deja pasar a revisar las estanterías. He bajado el volumen del celular al mínimo. La mujer se acerca y me pregunta específicamente qué necesito, qué busco. La miro en silencio y trato de recordar en busca de qué venía.

EN EL QUIOSCO

He salido a pagar mis boletas al kiosco de Urmeneta con Prat donde generalmente me atiende una mujer que bordea los cincuenta. A veces la acompaña alguno de sus dos hijos. Él es

serio; la hija, poco amistosa. Con la mujer solemos saludarnos y conversar algo. Tiene una actitud entre protectora y cariñosa conmigo, la misma que con sus hijos. Ella y su hija llevan el pelo largo, usan flequillo curvo, se maquillan a la perfección, visten ropa ajustada y a la moda. Él, en cambio siempre va de jean y una casaca. Parece no gustarle venir a ayudar en el quiosco, como si dijera que él es para otro tipo de trabajo. La hija por el contrario, se toma su rol de manera muy natural, sin oponer resistencia. Me gusta esta familia, tal vez porque se parece a la que dejé atrás.

Ahora que llego, hay una fila larga de personas para ser atendidas. Por una señora que habla a voz en cuello por el celular, me entero que su nieta la acompaña, que la chica acaba de entrar a clases, que todos los cajeros están sin plata y que ella lleva pan y bebidas a la casa. Avanzamos lentamente, me distraigo con los titulares de los diarios: clima cambiante, recesión mundial en ciernes; migraciones; violencia en distintos lugares del país. Alguna vez quise ser periodista de denuncia y no la cronista cultural de un periódico local que soy.

Por fin llego a la ventanilla del quiosco; venía con la idea de pedirle algunos datos de Limache a la mujer, pero hoy la veo apurada.

DE PASO

El lugar donde vivo ahora es el altillo de una casa habitada por una pareja mayor, sin hijos. Él, jubilado de carabineros; ella, pensionada de ferrocarriles y en estos días, devota del riego, el aseo y otros menesteres domésticos.

El primer día que hablamos, (su esposo sacaba brillo al auto, el cual permanece casi invariablemente en el patio) opté por decirle que yo era soltera y que estaría una temporada

realizando un trabajo. Mi soltería es mentira, lo de mi estadía temporal, una verdad a medias porque no sabía entonces, ni sé todavía que haré más adelante. Por el momento me he acomodado muy bien en este espacio luminoso de ventanales en los cuatro costados. Tengo un baño y un balcón minúsculos, aunque suficientes. El resto es una sola habitación amplia con un ropero que ocupa bastante espacio, una mesa que me sirve para comer y trabajar y un sofá cama; imagino son los mismos muebles que usaron los arrendatarios anteriores: una enfermera y un escritor. La dueña me contó que la enfermera fue una buena arrendataria. Que la desaparición del escritor, fue muy extraña. Al preguntarle por qué, no me respondió. Sin duda él también estaba sólo de paso, tal vez ni siquiera se decidió a desocupar la maleta como yo.

VITRINEANDO

Como si nada hubiera ocurrido (porque en realidad así es: nada nuevo ha pasado, sólo que hace un rato sonó mi celular y era el papá de mis hijos, quien me preguntaba cómo estaba, para luego decirme lo muy triste que se sentía sin mí y cuanto me echaba de menos. He preferido no responderle. ¿Para qué volver con lo mismo? Después de unos minutos de silencio, él cortó la llamada y eso es todo). Como si nada hubiera ocurrido decía, recorro la vereda de Prat hacia el norte. Observo que hay dos hombres en el interior de un local: uno coge bolsas de dulces de una caja, el otro está de pie detrás del mesón. Sigo caminando y entro a una tienda de telas, cuyo dueño, un hombre mayor, está en la vereda mirando a la gente. Cuando me ve entrar a su local, grita - ¡Hija, gente!

Escucho acercarse el arrastrar de unas pantuflas. Levanto la vista del algodón florido que tengo en las manos. La mirada oscura, ojerosa de una mujer de mi edad se fija en mi rostro.

- ¿Busca algo en especial...? –me pregunta entre toses. Huele

a cigarro. Ordena malhumorada lo que yo he desordenado. Su presencia cercana me perturba. Su cuerpo es enorme, le cuesta moverse. Dejo la tela y salgo. Autos y micros se pelean el espacio. Al fondo de un pasillo, varias personas hurgan entre las prendas. Dejo atrás la mampara vidriada de una peluquería con un solo asiento que parece el de un dentista; más allá por la misma calle y en la vereda diviso plantas y hortalizas en bandejas plásticas. Entro al local que huele a flores marchitas. Entre baldes con flores, globos color aluminio y guirnaldas de papel, encuentro una crónica de un periódico junto a las fotos de la antigua florista:

- ¿Parientes de la señora de la foto? –Tras una ruma de cintas y flores dos mujeres se miran extrañadas.

-Es la mamá.

-Soy periodista, ¿aceptarían una entrevista? -

Salgo a la calle con las notas que he tomado y escucho la voz de Luis Miguel:

Si no supiste amar/ ahora te puedes marchar.

Desde una micro detenida se apea un joven haitiano con una maleta roja. Durante lo que me parece un montón de tiempo observo el rostro del joven cuyos ojos están fijos en los míos. No puedo evitar sentirme envuelta por su rostro plácido, por su mirada amable, por la indefensión que su presencia me irradia; ¿qué despierto yo en él que lo hace seguir mirándome de esa manera cuando ya su micro se ha ido, el semáforo ha cambiado y nuevos peatones avanzan por la vereda?

EN EL PERIODICO

He venido a trabajar a la oficina las horas a la semana que debo permanecer aquí para que la secretaria salga a sus

trámites. El periódico está ubicado en un segundo piso, entre el despacho de una fotocopidora y el de una masajista y experta en feng shui, dice el letrero. La secretaria toma la cartera a penas me ve, saca un espejo y mientras se maquilla me lanza: -¿Eres periodista o sólo aficionada a...? – hace un gesto con los dedos al teclear. No le contesto y me acerco al escritorio destinado a ‘los volantes’ (los que cubrimos deportes, cultura, policiales...). Antes de que ella salga, entra una vendedora de cosméticos que me observa y pregunta quién soy.

-Ni idea, en todo caso, no profesional –aclara la secretaria que agrega ¿Me trajiste la crema...?

Me dispongo a seguir con la crónica que había empezado cuando a través del taburete escucho ruidos como si dos personas estuvieran peleando. Me levanto, toco la puerta del despacho y espero. Silencio total. Vuelvo a mi silla a continuar con lo mío y luego de unos minutos, me suena el celular: es la secretaria. Con voz confidente (ahora me trata de ‘mi linda’) me advierte que en el despacho está el jefe en una reunión y que no lo interrumpa por nada.

-Entiendo- contesto y tecleo a toda velocidad...hasta que se abre la puerta del despacho y veo salir a la mujer de tacos amarillos y chaqueta ajustada, que había visto en la plaza unos días atrás. Con su andar cimbreado y la misma cartera balanceándose, desaparece en el corredor. Al poco rato regresa la secretaria y me pregunta si hubo novedad.

-Acaba de terminar la reunión- le digo, dirigiéndome a la puerta.

GRITOS EN LA PLAZA

-¡No, no quiero!

Junto al niño que grita diviso a otra persona. Algo les ocurre con una bicicleta de color azul.

Bajo con mis botas en dirección a una zapatería que he visto al pasar. Bordo la plaza por la vereda del terminal de buses e interrumpe mi paso un haitiano que sale con un cargamento de bultos ¿No es el mismo joven que vi descender de una micro hace unas semanas atrás, aquel de maleta roja, que se quedó mirándome? Busco sus ojos, cruzamos otra mirada y lo reconozco. Es él, el de la mirada amable. Me hago a un lado para dejarlo pasar.

Entretanto los 'no quiero' del niño siguen escuchándose. Me pregunto si nadie puede hacerlo callar y una frase de mi madre me viene a la memoria:

-Eres una malcriada... de tu papá. Lo decía cada vez que yo oponía resistencia a sus órdenes, que eran tantas como mi resistencia. En una de mis pataletas, debo haber tenido unos cuatro o cinco años, estaba dibujando, me enfurecí, tiré el lápiz lejos y me puse a llorar desesperada. Mi papá que estaba sentado a mi lado, empezó a calmarme, pero mientras más lo intentaba, más rabia me daba y me arranqué a gritar a otra parte. Recuerdo haber salido a sentarme a la puerta de entrada y haber visto a otro niño mirándome.

-Ven para adentro- me pedía mi papá una y otra vez. Estuvimos un buen rato en el tira y afloja y no sé en qué terminó la cosa. ¿Por qué mi papá estaba siempre ahí, a mi disposición?

EN LA REPARADORA

Por fin voy con mis botas para que les cambien las tapillas. Cruzo la plaza en diagonal, atravieso Urmeneta. Solía

coleccionar y usar libretas de notas como las que ofrecen en esta librería. Apuntaba cada asunto pendiente de la oficina, de mis hijos y la casa. Paso a la vitrina siguiente. Me gustaban los relojes de pared, veo una buena colección en esta relojería. Hay un Cucú detrás de la caseta donde trabaja un anciano con el lente de aumento puesto en el ojo. Por curiosidad pregunto por el precio del Cucú.

- ¡Dile que no está a la venta! – grita el anciano.

- Disculpe...es mi papá... es mayor...y no muy amistoso - Aprieto mi bolsa con las botas por arreglar y llego a la reparadora cuando pasa un cortejo fúnebre. El zapatero de delantal oscuro se asoma a la entrada. Miramos la carrosa hasta que desaparece unas dos cuadras hacia el sur. Entonces le pregunto si cambia tapillas.

-¡Ahora que hay zapatos hasta por diez mil pesos! -rezonga entrándose- acá estamos con mucho trabajo.

Estoy por irme y un viejo asoma desde adentro del local.

- Déjelas no más, yo me arreglo con él, es mi hijo- dice y levanta las cejas.

EN LA FARMACIA

Vengo a comprar propoleo en cápsulas: mi frasco mensual. Una amiga me dio el dato hace años y cada vez que pienso interrumpirlo, me digo que me hace bien y lo sigo tomando.

Miro cada tanto hacia la pantalla de la farmacia hasta que viene mi turno. Hoy me atiende el hombre y no la señora que me ofrece distintas alternativas. Este vendedor es parco y serio, le pido el propoleo, me contesta que no queda.

Voy saliendo en dirección a otra farmacia (las hay cada media

cuadra) y diviso a la mujer que conocí en la fila de la tostaduría.

- ¿De compras otra vez? - me pregunta con una sonrisa que deja ver su linda dentadura.

-Buscaba propoleo y salgo con esta crema.

- ¡Es lo que me pasa a mí...! – larga una carcajada que me contagia, alcanzo a oler su perfume a limón, me conversa de Limache, de lo contenta que está de vivir acá desde que se vino de Santiago.

-¿Tú eres de acá...de siempre? -me pregunta.

-No, soy de Viña. Estoy de paso aquí por mi trabajo. Escribo crónicas para el semanario local, y ¿tú?

-Soy consteladora familiar.

-Perdona, no sé qué es eso

-Es un tipo de terapia que te conecta con tus antepasados –me explica.

-¿Algo como el espiritismo?

Se larga a reír con ganas.

Entretanto, una mujer de turbante azul se acerca a ella por la espalda y le dice algo al oído. Ella abre tamaños ojos, la mujer se aleja y me quedo mirando su turbante.

-Es la de las gallinas -me sopla entre dientes. Vuelvo mi rostro intrigada.

-Tienes que conocerla. Tiene cien gallinas, cada una con un nombre distinto, las cría en el jardín de su casa. Las aves se le arrancan y ella se pasea buscándolas. Toca el timbre de los

vecinos a cualquier hora y, hasta que no logra reunir las a todas, no cesa. A veces llama desesperada diciendo que le faltan tal y cual...- Llega su turno y nos despedimos apuradas.

UN CAFÉ EN LA CASA

No es fácil ponerme a la tarea. No dar más vueltas ni rodeos. Recién duchada y vestida arrimo la mesa a una ventana, enciendo el computador, pongo a calentar agua para un café. Todo propicio al trabajo, excepto la maleta abierta que aún espera se la ubique. La crónica que entregaré está en la pantalla y me divierto acortándola, alargándola: ese juego de oprimir teclas y modificar hasta que me dure la entretención.

Esta vez hablo acerca de la florería que visité. ¿Hay algo interesante? En parte sí y en parte no. Creo que es simple, breve y auténtica. La historia es trivial por no decir trillada. Me traslado con mi café al sofá cama y mientras lo tomo pienso que mi crónica gustará a los curiosos como yo: en ningún momento entrego nombres.

-¿Quién no le lleva flores a sus muerto?- recuerdo que me dijo la nieta de la florista. Yo no lo haría, me digo mientras me preparo otro café.

EN MI

Todo empezó (o culminó, no quiero indagar) el día de la licenciatura de nuestra hija, durante la fiesta de su curso. Estábamos bronceadas por horas al sol en la playa. Por supuesto que la mayoría de las mujeres había hecho lo mismo, nos dimos cuenta no más entrar al salón donde, después de la ceremonia, comeríamos en una mesa los cuatro, nosotras junto a mi hijo y mi marido.

Durante la comida hicimos bromas, recuerdos de las vacaciones juntos, alusiones a la licenciatura anterior de mi hijo y de lo serio y solemne que había permanecido; salieron a la luz los abuelos, las primeras amigas de mi hija, su parloteo incesante, nada que presagiara lo que ocurriría. Cuando empezó el baile, mis hijos se fueron a la pista y también lo hicimos yo y mi marido. Después de un par de canciones, preferí ir en busca del postre. Había visto un mesón largo del que se podía coger lo que uno quisiera. La mesa daba a un ventanal enorme y éste al mar. Dos focos lo iluminaban. Un verdadero espectáculo esas olas y la espuma blanca resplandeciendo en medio de la noche. Estuve por un buen rato hipnotizada con el oleaje mientras cuchareaba mi postre. Regresé a la mesa a comentar con mi marido y me encuentro con otra apoderada en la mesa. Los dos conversaban animadamente. Intenté incluirme en la plática, pero me distraje viendo a mis hijos bailar. Lo hacían realmente bien. Los vi muy contentos, me alegré tanto que los fui a interrumpir para abrazarlos y dimos un par de pasos los tres riéndonos. En ese momento la apoderada que conversaba con mi marido se me acercó entre risas para decirme que se iba a bailar.

-¡Claro!- le contesté desaprensiva, nunca he sido celosa; que bailaran, por supuesto. Me fui a la mesa de una pareja con la que solíamos conversar. Al rato vino mi hijo

- ¡Qué bien baila el papá! – me dice. Entonces yo también lo observo y por primera vez lo veo de una manera completamente nueva. Sus gestos son los mismos, nada ha cambiado en él, puedo predecir el movimiento que hará a continuación y lo hace. Me siento extraña. Ajena, lejana a ese cuerpo que conozco tan bien. Me asedia un gran fastidio al mirar su cabeza más bien pequeña y algo tiesa, siempre queriendo levantarse un poco más sobre esos hombros, ni demasiado gruesos ni tampoco faltos de envergadura masculina, que se giran en bloque. Se me revela esa forma

suya exenta de contorciones para moverse, que tanto contrasta con su agilidad en obtener lo que busca. Con ascender sin detenerse hasta lograr sus ambiciosos objetivos con esa mirada de ave de rapiña que suele marcársele también en la nariz.

- Tiene gracia- dice mi hija. Estoy inquieta. Me siento mal. Voy al baño, me lavo la cara. En el espejo aparezco pálida, fría como una piedra. Nada se mueve en mi interior al refigurar a mi marido. No quiero ni busco algo distinto. Vuelvo a la sala con la esperanza de haber recuperado si no mi entereza, al menos mi adhesión habitual a su persona y siento una indiferencia aterradora al mirarlo. El hombre que veo bailar es el papá de mis hijos e inevitablemente empiezo a llamarlo así. Intento despertarme, volver al estado anterior, si no de admiración o enamoramiento, al menos de cariño, respeto, y ¡nada! desde aquel momento, en mis sentimientos, él deja de ser mi marido.

-¡Mamá!...te sientes mal? –escucho la voz de mi hija.

EN LA VENTANA

Hoy me siento a mis anchas aquí en el altillo, la curiosidad me lleva entre ventana y ventana. ¿Qué es lo que hace esta pareja de viejos donde vivo que no paran de moverse? Llega olor a pan tostado y el sonido de la tetera hirviendo. Suenan platos y cubiertos, son las ocho treinta de la mañana. Ella llama a su marido a desayunar, encienden las noticias en la radio y después se abre la puerta que da al patio de adelante. Ella barre minuciosa y enérgicamente todo el contorno de la casa, abre la llave de la manguera y vuelve a llamar a su marido quien viene a desempolvar el auto. Ahora ella riega las enredaderas de la escala que sube a mi altillo, tira agua a los

muros de la casa y moja el patio salpicando gotas, de manera que él reclama. La veo salir a la calle con un pocillo de agua y esparcirla por la vereda para continuar con el barrido. Lo hace mientras conversa a gritos con los dos perros. Ahora enciende una cocinilla, en el patio de atrás: echa a cocer fideos, papas y unos huesos. Espera que la olla hierva. Sacude frazadas, sábanas, alfombras, cojines, los cuales quedan apoyados o colgando desde los marcos en tanto el borbotear de la olla persiste. Apaga el fuego de la cocinilla. Los perros lloran y golpean la puerta de calle.

Desde adentro ella los calma, agarra la escoba otra vez, barre la puerta de calle por dentro y se queda mirando un chercán que revolotea entre los olmos.

A medio día la veo salir, les advierte a los perros que ahora van a hacer sus necesidades lejos de la casa y se va con ellos para volver a la una, momento en que –junto a la puerta de calle– conversa con un hombre alto y desgarrado, vestido de corbata y chaqueta al que mira con cierto recelo.

-Vino el escritor- alcanzo a escuchar que dice en la cocina- qué raro que haya vuelto, habiéndose ido de esa manera...

Son las seis y media pasadas ahora, ella sale a poner el cerrojo a la puerta de calle. Al regresar por el sendero de pastelones levanta la mirada y me descubre espiándola.

EN EL CAJÓN DEL ROPERO

Después de cocinar una tortilla de porotos verdes con cebolla y comérmela con una ensalada de tomate, miro hacia el sofá cama. Me duermo por unos cinco minutos, luego recojo algunas prendas de ropa que se han caído de la maleta abierta al suelo. Me doy ánimo y abro las puertas del ropero por primera vez: echo un vistazo a las repisas, despliego un cajón y desde el fondo se viene afuera un grupo de hojas

mecanografiadas. Leo algo de una animita y de un relojero de Olmué, las dejo sobre la mesa. No me interesan las animitas. Mi ropa queda ordenada. Miro el sofá cama sin ella y me quedo dormida en un santiamén. Despierto con el recuerdo de la pesadilla que tuve antes de despertar: abría el ropero y me acostaba a dormir en uno de sus cajones. Era tan duro e incómodo que me giraba de un lado a otro. En ese girar y girar descubría unas hojas que me servían de almohada.

Cojo un chaleco y bajo a caminar, voy llegando a Caupolicán y diviso a la mujer de las gallinas con su turbante azul.

-Hola! –me saluda y le pregunto a dónde va.

-Voy al Fundo Las Cruces!- me contesta con seriedad.

- Cómo están sus gallinas?

-Bien poh! –me dice alejándose.

-Que le vaya bien en ese fundo.

-Eso espero, porque en el cementerio no te ofrecen ninguna cosa- me grita y larga una carcajada.

EN EL QUIOSCO DEL MEDIO

Esta vez me detengo ante los titulares que llevo un par de meses sin leer, voy moviéndome a medida que avanzo entre un diario y otro, es medio día, el sol calienta mi cabeza, me rozo con un caballero que también va dando la vuelta, nos miramos, sonreímos y me deja pasar hacia las portadas que él ya ha revisado. De pronto, leo un titular sobre un incendio en un bar de Valparaíso. Sigo leyendo ... ¡el nombre de un amigo está mencionado entre las víctimas! Inclino hacia atrás la

cabeza pensando que debe ser un alcance de nombres y me suena el celular. Mi mamá me asegura que es mi amigo de la universidad el que ha fallecido.

-Pero si eran... ¡tan amigos! - agrega y me larga un sinfín de comentarios a propósito de mi amistad con él. Estoy paralizada en medio de la vereda, con la voz de mi mamá oyéndose a través del parlante del celular.

Sólo un par de semanas atrás nos habíamos juntado en el Murken. Yo venía atrasada y él estaba conversando y riéndose con las dependientas como si las hubiese conocido de siempre. Con su forma de mezclar dichos en francés y figuras de la televisión nacional, las mantenía entretenidas, todas pendientes de sus palabras.

Al oír la puerta batiente de la entrada y verme, lanzó gritos y exclamaciones, me abrazó, me festejó: -¡Pero qué sensual que te ves con esas botas y esa pollera suelta y abierta desde la rodilla! ¡Miren este cabello del color de la pasión y esta estampa! –exclamó riéndose y mirándome a los ojos.

Nos abrazamos. Una vez sentados junto a una de las mesas, él siguió con sus exageraciones y aspavientos que me hacían reír a mares hasta que me preguntó por el papá de mis hijos.

- ¡Tan serio y ponderado, aunque siempre husmeando su presa! - imitó un gesto de mi marido que me sorprendió. Le dije que estaba viviendo sola, guardó silencio, esperó que le explicara y como no lo hacía me preguntó por mis hijos.

-Ya son estudiantes independientes- le respondí y derivamos en nuestras noches de universitarios cuando nos quedábamos en la casa de sus padres en Con-Con junto a Dino Caruzo, un joven por el que él se chiflaba.

Esta mañana, con el diario aún en la mano, avanzo torpemente

y me quedo esperando... ¿alguien vendrá a decirme que lo ocurrido es un error?

No lo es, me confirma el papá de mis hijos al celular: una falla eléctrica en el antiguo bar, me dice. El fuego arrasó con la construcción y muchas de las personas que estaban adentro no alcanzaron a salir. Entretanto observo como todo sigue su curso en Limache, la terraza del café Moneglia llena de gente, las micros tocando la bocina y el semáforo en verde y en rojo.

Miro mis manos y me viene el recuerdo de la voz de mi amigo despidiéndose en la estación del metro aquel día:-¡Maria! Graaatiaa plenaá... - se dirigió a mí cantando, antes de confundirse con los que tomaban el tren.

EN MI CASA

He preferido no ir al funeral y me he quedado en pijama, dando vueltas por la casa. Hay un sol furioso afuera, ése que pica en la piel. Las copas de los árboles permanecen quietas tras el marco de la ventana y el sonido del agua de la manguera me llega desde la plaza. Las plantas de mis pies rozan la aspereza fría del cemento del balcón al que a esta hora no alcanza el sol. Recuerdo a mi amigo, sus cantos, sus bromas. Fijo la mirada en el chorro de agua que moja los prados. Hay espacios en que el agua no escurre y forma un charco; entonces la jovencita que me he encontrado otras veces barriendo, avanza y cuida que el riego se esparza de manera uniforme. Me viene el impulso de ir a conversar con ella. Entro a hacerme un café antes, estoy en eso cuando redescubro el manojo de hojas mecanografiadas que había dentro del cajón del ropero. No me dan ganas de leerlas ni tampoco quiero tirarlas. Menos de entregárselas a la dueña de esta casa, eso podría dar pie a una conversación. Finalmente, con mi curiosidad al acecho, las

cojo, salgo al balcón y leo:

“Antes fui reponedor de supermercado, ahora soy empleado municipal y aspirante a escritor, se abrió el concurso literario en la municipalidad y desde entonces, ando a la pesca de una historia para enviarla. Creo que el domingo pasado la encontré...”

Con el cuento aún en la mano siento desagrado. Es una historia dura, ácida, lo que se llama un trago amargo que habría preferido evitarme. Dejo las hojas a un lado ¿será cierta la historia del relojero maltratador o puro invento de su autor? Recuerdo la figura del hombre larguirucho y deslucido que vi días atrás y que según lo que oí, sería el autor. No lo imagino en trances pasionales con una hija del supuesto relojero, pero el bicho de la curiosidad como un moscardón encerrado me da vueltas.

EN LOS JUEGOS

Este domingo lento y aburrido me ha contagiado su humor. Vengo a sentarme junto a los juegos de niños en la plaza, son las once de la mañana y hay poco público. Además de los columpios, las cuerdas para escalar, los resbalines, balancines y otros aparatos para subirse, girar o mecerse, se instala una señora que dispone dibujos adheridos a mesas pequeñas. Da a elegir tres colores que escurre en un pote y mientras me explica que los niños siempre quieren más y más pintura, junto a nosotras se detiene una persona. Al volver la vista veo que es el haitiano de la maleta roja. Cruzamos una mirada, y lo observo alejarse. Lentamente atraviesa la plaza hasta desaparecer de mi vista. ¿Recordará como yo las veces que nos hemos encontrado?

Más allá de las mesas para pintar se arriendan autos y triciclos. Hacia el lado sur, una pareja de bailarines se prepara para dar

clases de cueca. Encienden una radio y comienzan sin alumnos.

Un padre y su hijo se bajan de una van lujosa. Vienen con un mono patín color calipso reluciente. El niño, de larga melena rubia, se da dos vueltas por la cancha de básquetbol, deja el monopatín y corre a las cuerdas seguido por los pasos lentos de su papá. Pelado al rape de estatura baja y vestido a la moda, arrastra los pies para alcanzar a su hijo. A los pocos minutos el pequeño baja de las cuerdas y juega en la tierra a hacer montones con las manos. Nada lo hace levantar la vista. El papá tampoco mira a nadie, sólo a su hijo y a veces el celular.

Detrás de los bailarines de cueca aparece una pareja con una niña. El papá desganado levanta la mano saludando al papá con el niño del monopatín. Los dos pequeños se ignoran, los tres adultos se acercan y conversan mientras la niñita se enreda entre las piernas de su mamá. De pronto el papá del niño que juega en la tierra parece acordarse del mono patín y lo empieza a buscar. Viene a preguntarme si lo he visto, recorre los asientos, va hacia los autos de arriendo, fisgonea en las mesas de pintura, habla con la mujer, parece desesperado. Todavía su hijo no se da cuenta de la situación, ahora está meciéndose en uno de los balancines. Finalmente, su papá con expresión de asombro y derrota viene a decirle a su conocido que se han llevado el mono patín. Lo escucho hablar un castellano cruzado de otro idioma. Su conocido empieza a reírse y a hacer bromas:

- Y qué te imaginabas che, que lo verían y lo dejarían ahí...

Sin creer lo que le ha ocurrido, el hombre vuelve a dar la vuelta preguntando. Mira debajo de los asientos, en las cuerdas, donde están los bailarines. Regresa con los hombros bajos, se acerca a su hijo y le habla mientras el niño se mira las manos

sin decir nada.

EN EL MURKEN

- ¡Ese es! -digo frente a la vitrina de tortas y pasteles.
- ¿Un mil hojas con manjar? -me preguntan inmediatamente.
- Sí, y un café... no, ¡mejor dos! -
- ¿Espera a alguien? -
- Mm... sí y no...- contesto y la mujer me observa intrigada.
- ¡Un café y un pastel!- Voy directo a la mesa donde nos sentamos con mi amigo fallecido. A mi derecha hay un aparador que no vi el día que estuve acá con él. Tampoco escuché el alto volumen de la música de fondo, no recuerdo ni la luz, ni si hacía frío o calor. ¿Había otra gente? Me llega el café y el pastel: esto si lo recuerdo. ¿De qué hablábamos ese día? Hoy la masa está crujiente y fresca. Pruebo el café, me sabe más amargo que lo habitual. Si hubiera sabido lo que pasaría es lo típico que se piensa en estos casos; pero si así hubiese pasado no guardaría sólo la nebulosa de recuerdos vagos que tengo.

Escucho el batir de la puerta de entrada. Una mujer roza mi hombro, deja una ola de perfume intenso, se sienta junto a la mesa del lado y me hace una sonrisa que le devuelvo. Es la mujer que he visto repartiendo leche por las calles de Limache. Deja la bicicleta apoyada, toca el timbre de las casas y conversa sin apuro con cada uno de sus clientes.

Un día le propuse entrevistarla para hacer una crónica con su historia, pero no le gustan las entrevistas, de modo que me

dedico a observarla cuando me la encuentro por ahí. Me contaron que tiene sus vacas en la casa, que ella misma las ordeña en las mañanas...

Me llega otra oleada de su perfume intenso, la escucho repantigarse en el asiento, suspira y ahora saluda animada a un caballero.

-Hoy es mi cumpleaños número cincuenta ¿no es cierto que me veo de cuarenta? –le dice con entusiasmo.

EN LA RELOJERIA

La curiosidad pudo más. Hace unos días –luego de haber sorteado algunas reticencias de parte del relojero que usa un bisoñé- quedamos de reunirnos hoy en su pequeño local de calle Prat. Me espera en la puerta, me hace pasar echando miradas furtivas hacia la vereda, se ubica detrás del mesón y una inesperada confianza le saca las frases a racimos:

-Mmm...no sabría decirle cuando empezó el papá con esto. Hace mucho...él no era de acá, era de Temuco y lo criaron unas tías allá (vuelve los ojos a la calle); la mamá, era de La Calera, una familia de agricultores, numerosa (serio); en ninguna de las dos familias hay relojeros que yo sepa; a mí... me gustó todo lo que es electricidad, los cuatro hijos tenemos estudios ... sí, fuimos cuatro. Yo aprendí aquí en la Escuela Superior, pero me venía al local los fines de semana y me buscaban seguido para los arreglos...en las casas, aunque me fue tomando lo del reloj a cuarzo, no ve que a partir de una bovina pasa energía eléctrica; cuando se reviene el esmalte de la bovina se termina el reloj porque pone a tierra el 'oxidador'. Así nos dedicamos a esto, aunque el papá también tenía nociones de electricidad. Ellos murieron jóvenes, bordeando...

pasado los setenta años, hace ya un tiempo. El papá empezó en esto... después de trabajar en ferrocarriles; allá aprendió con sus amigos relojeros de Valparaíso, partió recién jubilado. No había que botar el esfuerzo del papa. ¿Descendencia?... no; mis hermanas son solteras como yo. Vivimos los tres en la casa de los papás en Olmué, donde mismo...

Dos ancianas se asoman al local, veo sus rostros severos haciéndole gestos, el entrevistado se pone nervioso y me dice que ya no tiene tiempo para seguir atendiéndome. Dejo mis notas en el bolso y salgo a la calle. Hay algunas coincidencias con el relato del escritor que vivía en mi altillo, pienso. Me sobra él, el escritor, claro, pero lo que tengo a favor es suficiente como para averiguar más. Me alejo en este día soleado como quien ha recibido un premio un minuto atrás y me encuentro con el camión basurero que avanza a toda máquina, esparciendo bolsas plásticas y envoltorios vacíos por la calle.

EN MI CAMA

Retozo plácidamente mientras hojeo una revista de modas antes de apagar la luz. Mi casa está tibia, desde una ventana que mantengo abierta me llegan sonidos lejanos de esta ciudad a escala humana con la que me voy familiarizando más y más. Las cortinas transparentan una luz tenue. Mi espalda se apoya en un par de cojines mullidos. Repaso las tenidas y los cuerpos espectaculares de las modelos en la revista, suspiro de envidia y suena mi celular.

-¡Mamita! Hola... cómo estás-escucho la voz alegre de mi hija.

-Muy bien, en mi cama con una revista.

-¡Ah!... esas modelos de cuerpos feos –larga una risotada.

-Sí, en eso mismo estaba. ¡Cómo se atreven!

- Hay que ser corajuda...- me dice entre risas. - ¿Te fijaste que ahora no usan nada recto, todo acampanado? ¡Estamos fritas, entonces!-

-Bueno, todo es adaptable...a la propia realidad- digo y nos reímos otra vez.

- ¡Mamita... cómo te echo de menos! - suspira- ¡Tu amigo que falleció!, el papá me contó...

-Sí, ha sido muy triste.

- ¿Te ha dado mucha pena?

- La verdad...sí, más de lo que habría imaginado. Fuimos compañeros, estudiábamos...andábamos para todos lados juntos. Ahora último, nos veíamos un par de veces al año. Nos reunimos la última vez, pocos días antes de...y al despedirse... me cantó ...

- ¿Te cantó?

- Sí, solía comunicarse así...

- Y... ¿qué fue lo que te cantó?

- Me daba las gracias

-Las gracias... ¿por qué?

- No sé, supongo que por nuestra amistad

La escucho suspirar y le pregunto por su hermano.

-Ayer conversamos largo de nuestras cosas... y hablamos de ti.

- Y... ¿cómo van esas cosas?

- ¡Uf! él...enredado y yo aquí a la espera

-Tendrán hartito para conversar entonces...

-Hablamos casi todas las noches. A propósito...de hablar, no creas que fuimos con el cuento a la abuela. Fue mala suerte, la encontramos el fin de semana que habíamos venido donde el papá y ella, con sus interrogatorios. Te habrá llamado con el drama de sus pobrecitos nietos abandonados...

-Sí, algo de eso hubo. Mientras yo lengüeteaba un helado muy bueno la dejé aconsejarme...

- ¿Hay una buena heladería cerca?

- Más de una...

- ¡Qué rico!... Pero Mamita no te preocupes, estamos bien y te queremos mucho hagas lo que hagas.

-De verdad no me preocupo, ustedes ya son grandes y saben mucho más que yo - vuelvo a reírme y ella a contagiarse.

-Eso no es verdad, Mamá, sabes que no...

- ¿Te acuerdas la vez esa de los churros que nos comíamos en la calle Valparaíso? –le pregunto

-Claro, te quedó la pera llena de azúcar flor...

-Y a ti la nariz...

-Volvimos por la segunda bolsa... - y si no llega tu papá creo

que habríamos ido por la tercera

-Síiiii.

EN LA SCHOPERÍA

Desde mi balcón me regocijo en la vista de un atardecer bonito, las nubes enrojecidas, algunas hojas desplazándose por el pavimento y el aire tibio me dan ganas de una cerveza. Atravieso la plaza que a esta hora también encanta, avanzo por los senderos, me detengo en la esquina con Riquelme, donde diviso un local abierto. Paso entre las mesas de la terraza, voy al fondo junto a la calle. Micros casi vacías transitan por Urmeneta y desaparecen hacia Palmira Romano. Por el cruce de cebra de Urmeneta viene atravesando el relojero y sus dos hermanas, afirmados unos con otros como árboles a punto de caerse. ¿Irán camino a su casa en Olmué? Tendré que averiguar más.

-¿Quiere la oferta que incluye el completo?- pregunta el mozo. Me sonrío al recordar la frase de mi madre: 'se dice 'hot dog', María'. Pido la cerveza sola y continuo en mi observación.

El kiosco de Riquelme está cerrado, sin ese enjambre de personas que lo suele rodear. El del medio, el que siempre relacionaré con mi amigo, también está cerrado. El viento ha disminuido y la tibieza del aire es tal que me saco el chaleco para esperar mi cerveza. El local se va llenando, han encendido una música de melodías románticas antiguas de un grupo español cuyo nombre no recuerdo, aunque soy capaz de tararear sus letras.

Tómame o déjame / si no estoy despierta déjame soñar...

Un taxi espera a la mujer del puesto de flores de la esquina: es una mujer pequeña, muy laboriosa y con cara de ardilla. El chofer la ayuda a subir lo que no ha vendido, ella mira hacia

atrás, revisa que no se le quede nada, sube al taxi y parten cuando me llega la cerveza.

Pruebo su agradable sabor agridulce, me inclino hacia atrás en la silla. Repaso situaciones recientes que me han hecho detenerme, las miro, las palpo y me despido de ellas: nada en especial. Sin que nadie me conozca rozo las superficies de la vida ajena, en esta ciudad/pueblo por donde me desplazo.

Ni te espío ni te quito libertad pero si dejaste el nido...

La música me adormece un poco. La joven de la mesa del lado me advierte que mi chaleco ha caído al suelo, le sonrío y lo cojo. Pido otra cerveza, el líquido se esparce por mi cuerpo. Ahora observo las luces encendidas en la avenida, las sombras de los árboles en la vereda. Se acerca el rugir de una moto y se aleja. El local está rebosante de clientes. Pienso en la manida frase: somos como pasajeros de una barca, me sonrío, le viene bien a la situación. Me gustan esas frases que se ajustan como calcetín apretado a la vida.

Desde la caja, la dueña nos observa cuando reconozco al haitiano que he visto otras veces. Se acerca a ella y le hace gestos. La mujer llama al mozo, él recorre las mesas con la mirada y levanta los hombros negando con la cabeza.

El haitiano se gira para irse con la misma calma con que hace un momento lo vi llegar. Estoy cerrando mi bolso y percibo su mirada puesta en mi rostro. Levanto los ojos. ¿Me está diciendo que lo invite? Estoy indecisa como una adolescente, por qué no, me digo y lo invito a sentarse conmigo. Él extiende sus dos largas manos sobre la mesa. Siento el impulso de posar las mías sobre las suyas y me quedo quieta.

EN EL BANCO

La secretaria del periódico me ha sorprendido hoy diciéndome

entre sumisa y confidente:

-Perdona, necesito un gran favor linda... ¿irías al banco por mí?

La puerta desde donde provienen ruidos extraños que he escuchado otras veces está cerrada, la oficina huele a cigarro, mucho mejor estaré afuera.

-¡Claro! -contesto y vuelvo a caminar entre las vitrinas y los vendedores de lechugas milanesas; le sonrío a la jovencita rastafari: hoy día lleva un turbante de color rosado del que le aparecen los rastas, me ofrece un trozo de pan en una bandeja mientras canta en castellano junto a la voz de Marley en el parlante:

¿Me ayudan a cantar? / estas canciones de libertad / canciones de redención/ canciones de redención...

Cojo un trozo de pan, observo como ella equilibra a su guagua con el brazo izquierdo, la chiquita también lleva puesto un paño rosado en la cabeza; engullo mi pan siguiendo el ritmo de la canción ¿cómo no comprarle uno entero?, hago espacio en mi bolso y continuo al banco.

Me acomodo en un asiento con la vista puesta en los cajeros.

Estar aquí, a la espera, me hace sentir como cuando esperaba en el auto la salida del colegio de mis hijos. Apuraba el tranco en mi trabajo y partía rauda a estacionarme junto a la puerta por donde aparecerían. Era un verdadero deleite tener ese rato para mí. Muchas veces alcanzaba a leer una revista entera. De pronto, aflora de la memoria un recuerdo que había olvidado por completo. Durante uno de aquellos días vino a mi auto aquella apoderada que bailó con mi ex marido el día de la licenciatura de mi hija. Apenas ella me reconoció, probablemente de alguna reunión a la que habíamos asistido ambas, se abalanzó al auto como quien toma un salvavidas:

-¿Te importa que me suba?- preguntó abriendo la puerta y dejándose caer en el asiento con un suspiro de alivio.

-No te imaginas...- dijo, tomó aire y empezó con una historia oscura frente a la que me quedé helada, más que nada porque a título de qué me hacía partícipe de sus intimidades familiares. Por fin sonó el timbre y los niños salieron. ¡Qué dramón aquel...!

Pienso: seguro que cuando abordó a mi ex marido, ella no había olvidado aquella conversación sostenida en mi auto. Tal vez sintió que todo lo que me había hecho saber le daba cierta potestad sobre él. ¿En qué cambia mi situación el haberla identificado? En nada: son las cosas que uno piensa cuando espera para ser atendido.

Me distraigo al ver ingresar a una mujer (¿bordeará los cuarenta o los cincuenta?) viste jean tan apretados que su trasero casi revienta debajo de una chaqueta también ajustada, va en busca de una papeleta de depósito y se encuentra con una conocida. Por la efusión del saludo, imagino no se juntaban hacía mucho tiempo. Vienen a sentarse a mi lado.

- Cuéntame qué ha sido de tu vida –alcanzo a escucharle a la que está justo a mi derecha.

- ¿Mi vida? tres maridos en el cuerpo. Sí, tres. –agrega desafiante la de jeans. Escucho su carcajada, ríe con ganas, sentada un espacio más a la derecha.

- Tanto es así que tuve que ir a constelar- agrega.

- ¿A constelar...? –pregunta la otra.

-Es una terapia increíble. Mira fui a ver a una mujer un par de veces. Una psicóloga o terapeuta, no sé cuál es la diferencia,

¿tú sabes? Ella tenía un grupo y me invitó. El asunto es que nos reunimos ocho personas, más ella que dirigía.

-Es como hacerse una terapia en público entonces- le contesta la que está a mi lado.

-Mm...una en que más bien se cuenta el milagro pero no el santo. Yo dije que necesitaba un marido...sin tener que cambiarlo...cada tanto.

-Un poco raro lo que dijiste.

-Sí, fue lo primero que se me ocurrió. Tú sabes que soy más bien del tipo extrovertido -otra carcajada

-Resulta que dije eso y ella, la terapeuta o consteladora o psicóloga, no sé, me preguntó por mi familia, cuántos éramos, si hombres o mujeres, el orden de mayor a menor; después tuve que acordarme de la familia de mi papá y de mi mamá y hacer lo mismo. Por suerte somos pocos...

-¿Y si es una familia numerosa?

- Lo veo complicado.

-¡Ah! para eso deben servir los muñecos- señala convincente.

-¿Los muñecos?

- Sí, en vez de personas puedes constelar con muñecos.

-¡Ah! –responde sin mucha fe la que está a mi lado.

-Bueno, la cosa es que cada una de las personas del grupo se puso en el lugar de uno de mi familia y vieras lo que pasó...

-No me puedo imaginar.

-Uno lloraba, el otro estaba angustiado, una se movía feliz y

así...

-¡Ah!...¿y ...?

-¡La terapeuta o consteladora o...iba traduciendo lo que significaba!- contesta muy seria y la de mi lado se larga a reír.

-¡No te rías! Si es muy serio. Tiene sus bases... en unos autores conocidos. Mira, al final lo que aprendí (tu sabes que con todo se aprende algo) es que las personas repetimos las trancas de nuestros antepasados.

-¡Algo así como que había un taimado en tu grupo familiar hace décadas y tú te sacas el premio y naces taimada! –contesta mi cercana.

- Ya verás cuando vayas. Te voy a invitar...- se interrumpe para contestar su celular, pero resulta que es el mío el que suena.

Es mi hijo de voz seria y apagada, ha venido a la casa de su papá por el día y me dice que no hay nada en el refrigerador. Tampoco en la despensa.

EN LA OFICINA

La misteriosa puerta de la oficina del 'jefe' permanece hoy día abierta y los rayos de sol entran hasta el lugar hacia donde extendiendo mis pies. Estoy sola con toda la oficina para mí, mientras escribo mi crónica sobre una familia de trece zapateros: algunos de los cuales reparan calzado y otros lo confeccionan. Llegué a ellos gracias a mi conocida del kiosco, a quien le había vuelto a pedir contactos para mis crónicas y me contestó:

-Sí...-volviendo arriba sus ojos- ¿Tienes dónde anotar?

Los once hijos aprendieron el oficio de sus padres y cada uno

abrió su propia reparadora. Una de ellas en Limache, otro en Olmué, otros en Quillota, La Calera y así, once reparadoras repartidas en los pueblos aledaños, provenientes de una misma matriz acá en Limache. Me pareció bonita la historia, sólo que los once hijos (son todos varones) evitaron hablar del asunto. Cada uno por separado me ha dicho: ‘vaya donde mi hermano él sabe la historia...’ Fui donde al menos cinco y lo mismo: ‘por qué no le va a preguntar a mi hermano, él es bueno para estas cosas de contar.’ De manera que con mis pies tibios por el rayo de sol, me pregunto qué habrá detrás de ese silencio común. Entretanto observo mis zapatos: hoy día voy con botas, cada vez que me las miro las encuentro más sentadoras, son de cuero café claro, son cómodas y blandas, tienen un pequeño taco grueso, combinan bien con todas mis tenidas, por eso fueron las únicas que tomé al irme de la casa. Han sido una buena adquisición, de las acertadas. Soy o más bien fui buena compradora. Sabía elegir, me daba tiempo, regodeaba, veía lo que se llevaba, hacía un arqueo del closet, regalaba o tiraba lo que no me servía y me lanzaba a las tiendas en busca de mi futura presa.

En este momento tiro al tacho mis notas acerca de la familia zapatera cuando entra a la recepción la mujer de tacos amarillos, hoy, vestida de patas, calzando zapatillas y el pelo sujeto por un elástico en una cola. Observo sus gruesos labios:

-Estoy en un apuro, mijita, tú me entiendes ¿sí? – gira sus ojos hacia el baño. Me la quedo mirando sin atinar a nada. Claro que entiendo sólo que desconfío de ella. Pero por qué. Me viene la imagen de la vieja de la plaza y su rostro agriado al verla pasar taconeando: ‘quien la viera, quien la ve’, había dicho la vieja. Aun así no entiendo mi aversión. A ésta no la dejo, me digo con rabia. ¿Rabia de qué, qué me ha hecho?

-El baño está cerrado y no me dejaron la llave- le respondo. Me mira con cara de odio, veo cómo los orificios de

su nariz se abren. Pienso: me va a matar y con disimulo cojo un lápiz, pero qué estupidez me digo inmediatamente.

Ella observa mi mano con el lápiz a medio empuñar, larga una carcajada, se me acerca; estoy sintiendo su aliento en mi cara, tiemblo de miedo. Estoy paralizada.

-Zorra copuchenta...- me susurra al oído y sale furiosa.

EN LA MICRO

Mi curiosidad por averiguar más acerca de la veracidad de aquel cuento encontrado en mi ropero que habla de una animita, me impulsa esta mañana a tomar la micro en dirección a Olmué. Ya hice el trayecto una vez para ir a comprar mermelada (soy capaz de comerme un frasco entero de la de alcayota con nueces que venden en la Quinta Elisa), y no recuerdo haber visto ninguna animita en el camino. ¡No voy mirando animitas! Al contrario, si aparece alguna, giro la vista. El chofer de esta micro maneja como un desquiciado, toca la bocina, acelera y continuamos en una carrera desahogada por Urmeneta, Palmira Romano y ahora tomamos avenida Eastman. Diviso a la mujer de las gallinas, va con su turbante azul, camina apurada en dirección al centro de Limache. ¿Qué hará tan lejos de su casa, en busca de sus gallinas por acá? De pronto frenamos en medio de la carrera, un pasajero sube y seguimos. Voy atenta a la vereda norte, sitios eriazos, una quinta, un restaurante... y aparece la animita. ¡Es verdad entonces lo que dice el cuento! Me dirijo apurada al chofer, le pido que se detenga y frena en seco malhumorado. Retrocedo por la berma de vuelta en dirección a la animita que ha quedado atrás a unos cien metros. A poco andar se me acelera el pulso, en estas semanas he ganado un par de kilos así es que me cuesta avanzar lo rápido que deseo. Voy acezante. Llego frente a la enorme construcción de cemento pintado de verde. Debe tener un metro ochenta de altura por la misma

medida a lo ancho y a lo largo. Leo las dos inscripciones del frontis: una mujer, fallecida en los ochenta y un hombre en el dos mil. Hay un par de floreros con ramas marchitas. Asomo mi cabeza adentro, la giro hacia dos bandejas laterales de cemento adosadas a los muros con velas que han consumido su esperma. El pasillo interior está barrido, me interno más para ver mejor. Me tocan la bocina, es el chofer del camión basurero que pasa. Como si me hubiesen llamado salgo bruscamente y golpeo mi cabeza contra el duro techo de cemento. Espero que el dolor desaparezca, literalmente estoy viendo estrellas. Vuelvo la mirada hacia Olmué y camino en esa dirección por la berma norte, decidida a encontrar la casa de las hijas del relojero. Los autos que vienen en sentido contrario tocan la bocina ¿es por mi pollera florida que se levanta con el viento o es porque voy avanzando por la berma? Continuo sin hacer caso, quiero llegar a la calle de tierra del relato que leí, no me importan las puntadas en la cabeza. El trayecto es mucho más largo de lo que imaginé, estoy cansada, me apoyo en el tronco de un árbol y descanso. Me palpo la frente: ahí está el chichón. Giro la vista hacia Limache, alguien viene por la misma berma, veo una figura que apenas alcanzo a distinguir. Tomo fuerza y sigo como propulsada por un motor. La avenida hace una curva, aparecen casas de fachada continua, una en perfecto abandono, con las ventanas tapiadas. Voy cobijándome del sol en la sombra de los árboles, me parece distinguir un cruce a unos doscientos metros, hacía allá me dirijo. He llegado al cruce, hay un boliche en la esquina.

-¿Conoce a un relojero que vivía o vive con sus dos hijas por acá?-

-¿Por acá? Mire no le sabría decir la verdad. Pero por esta misma calle, un poco más allá, hay una señora que va a ver sentada en la vereda, ella sabe todo lo de acá...-

El agua mineral que he comprado está tibia, aun así me

refresca la garganta. Antes de cruzar la avenida miro hacia Limache, la figura que se veía tan lejos, viene acercándose, camina más rápido que yo. Atravieso y me voy en busca de la señora por esta calle de tierra, con casas de adobe viniéndose abajo. Ninguna como la descrita en el cuento de la animita, con una puerta café al medio y dos ventanas a sus costados. Me parece que las distancias acá se miden de otra manera. Voy tan cansada y acalorada que me siento en una piedra grande a orilla de calle. Sin terminar mi agua mineral, dejo unas gotas para esparcirme por debajo de la blusa, el sol está muy fuerte, me molestan las botas que sin reparar en el calor me he puesto. Al quitármelas veo que se me han enrojecido los pies por el roce. Los levanto, me los sobo, abro mis piernas para que me entre aire por la pollera. Diviso la sombra de un árbol hacia el sur ¿podré ir descalza hasta allí? Me clavo una pequeña piedra en la planta del pie izquierdo. La saco, equilibrándome para no caer. Busco un lugar donde apoyarme para volver a calzarme. Llego por fin a la sombra del árbol y miro atrás. ¿No será mejor volver? La figura de la persona que veía venir también ha tomado esta calle. Ahora puedo reconocer que se trata de un hombre. Un cierto temor no me impide seguir, debo averiguar, informarme. Quiero llegar donde la mujer que 'sabe todo lo de acá'. Avanzo lentamente, me guarezco en otra sombra y justo en este momento se levanta un poco de brisa. Me recompongo y a unos veinte metros veo que sale una mujer de una casa y que sienta su enorme trasero en una silla junto a su puerta. ¡Es ella!

-Buenas tardes, ando en busca de la casa de un relojero y sus dos hijas...- pregunto mientras la mujer me recorre con la mirada. El calor no ha declinado, ella se abanica con una hoja, la puerta de la casa está abierta, echo un vistazo al pasillo largo: al final se ve un halo de luz. Hay dos ventanas a los lados de la puerta en la fachada, los postigos están cerrados, todo coincide con el relato de las páginas mecanografiadas. Las

paredes que dan a la calle conservan las grietas del último terremoto, desde adentro viene una mezcla de olores a comida.

-¿Y para qué sería? -me larga de mala gana, repantiga su trasero en la silla, bufa y agrega- ¡otoño de mierda éste tan caluroso!

-Soy periodista del semanario local y...hago crónicas sobre limachinos. La familia del relojero es de Limache de hace años, especialmente el padre practicaba el oficio de la relojería entiendo...y ahora, el hijo...-

-No, por estos lados...no- me contesta desinteresada. Se vuelve hacia la persona que se viene acercando. Echo otro vistazo hacia adentro, igual a lo que leí en las hojas mecanografiadas. Miro al recién llegado: para mi perplejidad es el haitiano, el mismo con que estuve en aquella mesa en la schoppería. El de la sonrisa amable, de las manos extendidas.

-Te dejé la cuenta de la electricidad bajo la puerta- le dice ella y después se dirige a mí.

-No entienden nada, no saben castellano- levanta los hombros mirándome. Él hace un gesto de afirmación como que le ha entendido, se vuelve hacia mí, apoya su mano en mi brazo y me invita con la cabeza a seguirlo. Tiemblo entera. Miro a la mujer que nos observa con la boca abierta. ¿Qué más da? Voy tras él, sigo su andar acompasado, mis ojos fijos en su espalda, en su cabeza bien formada. Percibo la mirada de la mujer en mi propia espalda hasta que atravesamos un patio desordenado, con basuras a medio barrer; al fondo, frente a una pequeña construcción de madera él coge el candado de la puerta, lo abre y entramos a lo que debe haber sido una bodega del tamaño de la cama que se metió a presión. En el

cielo de madera cuelga una ampolleta. Veo una diminuta ventana alta a cuyos vidrios se ha pegado papel de diario y bajo ella, una silla de totora destartalada. Él me indica que tome asiento. Mis manos están inquietas, me siento en la punta de la silla. Él deja con toda calma su mochila bajo la cama, me hace gestos para que me saque las botas. ¿Era él quien venía detrás de mí? Se acerca y me las saca. Toma mis pies enrojecidos. Me transportan sus manos en la piel de mis pies, cierro los ojos. Toma mis manos, me acaricia los brazos... Un par de horas más tarde, despierto sin saber dónde estoy. Recorro la pieza, miro a mi lado y lo encuentro. Duerme apacible mientras yo necesito imperiosamente ir al baño. Me visto rápido, tomo el bolso, abro la puerta con mucho cuidado para no despertarlo. Observo que afuera ya casi ha pasado la tarde y que la brisa fresca se transformó en viento, las basuras vuelan de un lado a otro por el patio. Al entrar al pasillo oscuro de la casa me encuentro a boca de jarro con la mujer de tacos amarillos. Viene saliendo del baño con una toalla envuelta en su cabeza. Me mira como tratando de recordar...

-La zorrita copuchenta por estos lados, quien lo diría- me rodea y desaparece tras una puerta.

Entro desesperada al baño. El penetrante olor a orina me obliga a hacer de pie sobre el wáter. Mi chorro de líquido suena como el de un hombre. Ante mi espanto veo que unas gotas de sangre se agregan. ¡No puede ser tanta la mala suerte! Busco en el bolso, saco un paquete de pañuelos desechables y me lo acomodo entre las piernas. Quiero lavar mis manos, mi cara, me acerco al lavatorio y me quedo estática al ver la mugre pegada en todas partes, salgo corriendo por el pasillo hacia la puerta. Tres haitianos que entran en ese momento me interrumpen la salida. La mujer les habla de la cuenta de electricidad, señalando la ampolleta. Asienten y me dan la pasada por fin.

-La casa la compré a ellas...- me dice la mujer al verme.

-¿A quién...?- le pregunto sin entender.

-A las dos hijas del relojero... aunque al parecer... –vuelve a mirarme de arriba abajo- usted tiene otros intereses por acá.

EN MI CASA

Estoy tomándome un café junto a la mesa, tengo el computador abierto y de vez en cuando tecleo un poco. He debido curar mis ampollas de los pies, pues aún me molesta el menor roce bajo los parche curitas. Es medio día, se escuchan algunos gritos de niños en los juegos de la plaza; ahora, oigo el ladrar de los dos perros que viven en la calle. Tras la ventana, el cielo está gris, cubierto completamente por una capa uniforme de nubes. Tengo la sensación que lloverá, a pesar de los calores que han hecho estos últimos días. Si lloviera, saldría a mojarme como hacíamos con mi papá: veíamos venir la lluvia, me tomaba de la mano y corríamos para volver empapados, estilando a cambiarnos de ropa, de zapatos, a prender la estufa.

Algunos días, con la esperanza de que lloviera, él, al regresar de su trabajo, agregaba sopaipillas a la compra del pan. Si no llovía ahí quedaban a la espera. Si venía el aguacero, las preparábamos. Me dejaba revolver la olla de la chancaca con azúcar mientras él freía las masas. La cocina se impregnaba de olor a aceite hirviendo y después nos sentábamos a comerlas junto al ventanal desde donde mirábamos la lluvia. Un día salimos al patio con nuestros platos rebosantes de chancaca y sopaipillas. Abrimos las puertas del garaje y nos instalamos bajo su techo a mirar cómo el agua corría por la calle. Recuerdo el golpe de la lluvia sobre el techo de zinc y el sabor agradable de la masa de zapallo en mi paladar. Fue el día en que había obtenido un siete en la prueba de

matemáticas. Único siete de mi carrera escolar.

-Serás ingeniera- alcanzó a decirme él y de pronto tuvimos que ponernos de pie y retirar nuestras sillas: el para choque del auto de mi mamá venía entrando al garaje...

En este momento, escucho cerrar la puerta de calle y oigo que alguien sube la escala.

-Disculpe que la moleste. Un día feo éste ¿no?

La invito a entrar, pero se niega, me habla parada en el dintel.

-Mire ha venido ya varias veces el antiguo arrendatario, el escritor que le conté, ¿recuerda? Me dice que se le quedaron acá unas hojas, posiblemente en el ropero... ¿las habrá encontrado usted por casualidad?-

‘Tú puedes ser bien mala si quieres’, recuerdo haberle oído decir a mi amigo del canto, mi amigo fallecido: es verdad. En esta ocasión quiero ser mala. Quiero esconder ese cuento tenebroso, desagradable, que habría preferido no leer.

EN LO MISMO

En el bolso traigo las notas recién tomadas en la capilla del antiguo hospital Santo Tomás de calle Baquedano. Había quedado con la mujer que guía la visita. Una colombiana de unos cincuenta años, de bonitas facciones, cuerpo menudo y bien hecho, pelo alborotado como sus gestos y movimientos. No es para menos.

Mientras observábamos las tumbas de los benefactores del lugar, me contó entre susurros respetuosos y risas nerviosas que, como socióloga dedicaba al coaching, en Colombia iba directo al más allá con el estómago vacío.

-No como don José Tomas y doña Carmen- agregó leyendo

las placas con evidente ironía.

Me reí, me gustó la mujer. Me dio curiosidad por conocerla mejor. Estábamos en la hora del cierre de la iglesia:

-Te invito un café o una cerveza – le dije. Sin responderme, me pidió que agregara mi nombre y un comentario al libro de visitas. Se acomodó el peinado, tomó las llaves.

-Mira...en este momento no puedo, debo inventar ingresos las veinticuatro horas del día. Trabajo de corresponsal de una Caja de Cuentos Infantiles; monitoreo una tesis de maestría en psicología. Estoy a la pesca de cualquier oficio relacionado con las letras que me de unos pesos. También corrijo una novela...

Me quedé boquiabierta. Cómo alguien puede hacer tantas cosas a la vez, me pregunto ahora que camino hacia el centro y suena mi celular.

-Tenemos que hablar- escucho el tono irritado, imperioso de la voz del papá de mis hijos y me pongo de mal humor.

- ¿Tenemos...? -

-Sí, tú y yo debemos conversar. No es posible que cierres así veinte años de matrimonio, sin una explicación... creíble...hemos sido una pareja...tenemos hijos-

-Fuimos- puntualizo.

-¿Estás en un mal momento... prefieres hablar más tarde? - cambia el tono- Esta incertidumbre... de no saber qué va a pasar con nosotros...dejaste tu ropa...-

-Ya pasó todo entre nosotros... como te dije el primer día, te he dicho y te vuelvo a decir...- corto la llamada y me sale un suspiro.

Hice esfuerzos por recuperar mi amor por él, meses intentándolo y nada, vacío, no había más que irse y dejarlo.

Levanto la vista hacia la plaza casi desierta a esta hora, son las siete de la tarde. Días atrás he reparado en el letrero de 'happy hours' en La Candela de calle Serrano y voy hacia allá. Recién se encienden las luminarias, aún quedan resabios coloridos de un atardecer tibio, voy vestida con una falda suelta que llega a mis tobillos, me gusta sentir el aire que entra a mis piernas cada vez que doy un paso. No llevo medias puestas, sólo un par de calcetines cortos, adentro de unas zapatillas muy cómodas. He preferido dejar las botas, después de aquella caminata larga por Olmué, cuyo recuerdo me remueve todo.

Me siento junto a una mesa en la terraza y pienso: estoy contenta sola, me he ido a la cama con un inmigrante haitiano...sin haber cruzado una palabra con él, lo he pasado bien, no quiero hablar, ni aclarar nada con el padre de mis hijos, estoy en lo mismo, con la misma necesidad de vivir sola.

SENTADA BAJO UN ÁRBOL

Desde acá diviso los movimientos de la barredora de hojas y a los peatones que atraviesan la plaza. Quedamos de conversar con mi hijo. Me ha llamado ya varias veces y por distintas razones (estoy en una entrevista, él tiene prueba al otro día, voy saliendo del banco, su línea está ocupada...) nuestras conversaciones no resultaron. Esta vez sin embargo me dice que es por algo especial. Me predispongo a recibir un sermón suyo referente a mi ida de la casa. Desde muy pequeño fue enjuiciador y serio. Bastante huraño también, lo contrario de su hermana. Con mi hija solíamos reírnos e imitar sus frases sentenciosas, dichas con solemnidad.

Durante su vida universitaria la veta seria ha dejado espacio a una cierta ternura (por los animales, por nosotros su familia,

por sus amigos, hasta por la humanidad en general). Puede que ahora haya tomado el partido de su papá y si no es ése el punto 'especial' a conversar, estoy temiendo que me anuncie que se alistó en alguna cruzada cuando suena mi celular.

- Mamá, no creo que te hayas desvelado por mí, no eres de esas mamás y por eso te cuento así no más que me embaracé y quiero tener la guagua.

- ¿Te qué...?- creo haber oído mal.

- Mi pareja de hace unos meses quedó embarazada, lo siento por la trivialidad, pero es así. Lo original, si algo puede tener de original el asunto, es que ella no quiere continuar con el embarazo y yo sí.

- ¿Ella no...?

- Es muy buena en lo que estudia, no está dispuesta a postergar ramos y esas cosas, así es que le he dicho que me preste su útero y yo me hago cargo desde el primer día, ¿qué te parece?

- ¿Que qué me parece? ¡si ya tienes todo decidido...!

-Sí, estoy tan, tan seguro de quererlo, que...

-Ya ni imaginas que pueda ser de otro modo-

- ¡Eso mismo!

-Sabes que podrás con todo, los estudios, la guagua y...

-La mantención de ambos.

- Sólo por curiosidad, ¿cómo lo harías ...?

- Hablé con el papá. Después de un par de rezongos y

suspiros, lo conoces, me confirmó que él me mantendría hasta que terminara la carrera, pero sin extras.

- Y habrá un extra...

-Sí. Pero fuera del parto (para el que tengo mis ahorros de vacaciones) los pañales, la mamadera y ...

-El cuidado, las consultas médicas, sin contar con que se pueda enfermar y que tú no puedas estudiar... ir a ninguna parte...

-Sí, todo eso y puede que algo más.

-Mm...me da la impresión que nada se te escapa.

-Así es.

-No es que quieras mi parecer...entonces.

-No. Pero quería contarte, aunque sé que me odiarás por hacerte abuela tan joven.

-Eso es cierto.

-No tienes para qué hacer 'de abuela' -deletrea.

-Tampoco lo necesitarás...

-No.

- ¿No crees que podrías estar sobre estimando un poco a... tu 'guagua' como le dices?

- No te entiendo.

- Imaginas que será un clon de tu persona y puede no ser así.

-Entonces veré qué hago.

-Intuyo que así tendrá que ser más bien.

- ¿Fuimos muy distintos de lo que esperabas?

- ¿Ustedes...? Realmente no. La distinta de lo que imaginaba fui yo.

-Después de veinte años de ser la que esperabas ser.

-Mm...es verdad- hacemos una pausa los dos. Estoy aturdida con la noticia, sólo me concentro en no pensar nada.

-Lo he conversado mucho con mi hermana...hablamos de ti, de lo muy pendiente que estuviste cuando éramos chicos a pesar de que trabajabas harto, las tonteras que hacíamos los tres, bueno, yo menos, yo era el serio, el viejo chico -se ríe un poco.

-Sigues igual.

-¡No!

- Si tú lo dices...

-Mamá, sé que te dejo atorada con la noticia. Te cuento porque debía hacerlo. Miles de niños nacen en el mundo a cada minuto y este será uno más...

-Estás tan seguro de...

-Ustedes me hicieron así: seguro.

-Más bien, tú naciste así. Con el ceño fruncido desde que llegaste.

- ¿Tanto?

-Tal cual.

-Mamita, dejemos el asunto de la guagua así no más.

-Sí, mejor...- suspiro algo aliviada.

-Vamos a otra cosa, no quieres dar tu dirección, pero cuéntame cómo es el lugar donde vives. Trabajas de periodista... ¿y...?

-Vivo en una pequeña ciudad...pueblo. Estoy cerca de una plaza y del centro. Me muevo entre medio de unas tres manzanas. Tengo de todo en este cuadrante.

- ¡Suenas bien!

- Estoy bien. Y... ¿para cuándo esperas...?

-Ocho meses más.

-¿Y la familia de ella qué dice?

-No saben, ni sabrán. Ellos viven en el sur. Es habitual que ella en las vacaciones no vaya a verlos...

-Mamá, no te alteres por el papá, sé que te llama. Quiere traerte de vuelta o quiere que le des un corte más definitivo para él, digamos...saber a qué atenerse. Pero, no te preocupes si no te quieres preocupar...él estará bien.

-¡Gracias!

-Por qué...

-Por tu permiso.

-Sin ironía, él está bien y se acostumbrará. La abuela lo llama y le aviva...

-Me imaginaba que era así.

- ¿Has ido donde el abuelo? ¿cómo está? ¿no dijo nada porque te fueras de... ¿Sabes?, he pensado que me parezco bastante a él.

EN TRÁNSITO

Hoy lunes reservé hora para depilarme a las diez de la mañana. Acabo de terminar con mis cereales acompañados de fruta y yogurt natural, ahora agrego al rico desayuno, unas tostadas con mantequilla y miel, además de un buen café. Con el sabor de la miel aún en la boca, me voy a la ducha. La challa está un poco tapada con piedrecillas de sarro, pero no he tenido ganas de abrirla, así es que me giro y me giro en busca del chorro para dejar que escurra el jabón. Siento un escalofrío de placer cuando el agua caliente golpea mi piel y baja por mi espalda, mis pechos. Uso un jabón natural que huele a canela, lo compré en la feria instalada en la pérgola de la plaza el domingo pasado.

-La piel es algo que debemos cuidar...- empezó su discurso el joven que me lo vendió. Vestía un delantal blanco, llevaba el pelo peinado a la moda, revuelto en la nuca y muy corto junto a las orejas, en una de las cuales tenía un aro pequeñísimo. Poseía una voz rasposa que daba gusto escuchar: un vendedor de maravilla, como le dije. Se sonrió con desconfianza, no era del tipo que recibe bien un cumplido, supiera que ahora el suave olor a canela que despide mi cuerpo al secarlo me evoca su discurso y su voz. Me echo colonia en el cuello, detrás de las orejas, en el pecho, y sólo una pizca de crema en piernas y brazos, pizca que desaparecerá con la cera. Visto mi falda larga y suelta, no me agrada el contacto de la piel contra los pantalones después de depilarme. Cierro la puerta y salgo a un cielo de nubes inquietas y repolludas. Los perros se agitan como si los fuera

a invitar. Me detengo un segundo, respiro profundo el aire este nuevo día: tengo tres alternativas de trayecto para llegar a donde voy. Evito la de la derecha: pasaría por el terminal de buses y me podría encontrar con él. La de la izquierda se abre un poco en otra dirección y me aleja. Otra vez cruzo la plaza en diagonal en medio de los árboles. La jovencita barredora, acomoda una bolsa en un basurero y se dispone a hacer lo mismo con otra, le hago una seña con la mano a pesar de no conocerla. Levanta su mano y sonríe. Más allá, los puestos de artesanía están cerrados, atravieso Riquelme y me enfrento al primer quiosco seguido por la consabida fila de personas a la espera. Diviso pasar a la lechera sobre su bicicleta celeste dejando un halo de perfume. Un viento frío viene del poniente. Aprieto el bolso contra mi cuerpo. Se trata de una vieja mochila de tela bordada que conservo desde mi adolescencia y que ahora me gusta usar. No más carteras, las dejé todas atrás.

Llego a Serrano, la mujer de las flores, la que tiene cara de ardilla, tampoco se instala aún. El hombre del quiosco del medio está en los preparativos para abrir, compagina los diarios tomándolos desde los montones puestos sobre el cemento de la vereda; atravieso Urmeneta cuando la señora que vende queso fresco se baja de la micro a mitad de calle. Subo una escala angosta de madera y desemboco en el centro de depilación, cuya puerta está herméticamente cerrada. Dos personas también esperan, nos miramos. Una de ellas, una mujer de unos sesenta años, se pasea ansiosa.

-Es el colmo...para qué dan hora- reclama y mira el reloj.

Son las diez clavadas en el mío, pienso que deberé esperar más de una hora para que atiendan a las dos personas anteriores, mejor bajo por una revista o me voy a dar una vuelta. A las diez y quince llega con toda calma la joven encargada de abrir el local. Mira el reloj de la pared, arrima un piso y lo atrasa ante la mirada estupefacta de la mujer de

sesenta. La joven sigue impertérrita su rutina: abre el candado, despliega las dos puertas, enciende la radio, cuelga su bolso en el respaldo de la silla y levanta una mirada gélida hacia nosotras. Me voy por Urmeneta con toda calma en dirección a calle Prat a saludar a la mujer del quiosco (la madre de la pareja de jóvenes que la ayuda), pero antes entro a un pasaje maloliente y estrecho desde donde escucho el canto:

-Sa, ta, na, má, sa, ta, na, má...

Lo oigo una, dos, tres, muchas veces hasta que regreso a la vereda de Urmeneta. No me detengo en el quiosco y llego a Condell al almacén de los italianos. Nadie me había hablado del anciano y su hijo atendiendo este local antiguo de largos mesones de madera gastada y paredes descascaradas por donde suben repisas con artículos desteñidos de quien sabe qué época.

- ¿Buscaba algo en especial? – me pregunta la voz del anciano y el hijo grita con voz chillona:

- ¡No ve que está puro curioseando papá!

EN LA PIZZERIA

Este domingo, sin ganas de cocinarme busco en internet un lugar donde almorzar y descubro que a pocas cuadras de donde me encuentro hay una pizzería nueva, el Wagner de calle Ramón de la Cerda. Wagner, no recuerdo, ¿poeta, pintor o músico?, el asunto es que aquí estoy echando un vistazo a las paredes ilustradas de figuras y paisajes, al típico retrato de una niña de ojos grandes y se acerca un hombre de delantal blanco, me cuenta que la dueña del restaurante es la pintora de los cuadros, mientras enciende el equipo de música:

Para qué voy a hablar / si no vas a escuchar. Para qué, si no querés / ni darme ese lugar

-¿Quién canta? -le pregunto.

-Kevin Johansen- agrega y me muestra un cd- tiene temas muy buenos, ¿no lo conocías?

Pido una pizza con palmitos, alcaparras y salgo con ella a la terraza, no me resisto, masco un trozo antes de sentarme. Saboreo y escucho la letra de esa canción de Johansen. Lo googleo entre mascadas de pizza y resulta ser un argentino de mirada dulce ¿o se la photoshopearon para tontas como yo que sucumbo ante desconocidos?

Para no encontrarme con el haitiano esta mañana me di una vuelta larga, pues unos días atrás lo había visto de lejos y sin acercarme, me había quedado paralizada hasta que él desapareció tras la puerta de la oficina de correos. Luego había huido al trote, diciéndome que el ejercicio me sentaría bien y así fue.

Bebo un trago de vino blanco, lo paladeo, tengo mi vista puesta en los árboles de la plaza, el mozo viene a preguntarme si todo está bien. Respiro la brisa fresca y brindo por mi trabajo: me han felicitado por mis crónicas. Tengo mi público dicen, así es que esta tarde me dispongo a revisar las notas de la iglesia Santo Tomás, en las que contaré algo de la colombiana simpática: ella haría muy bien de biodanzadora, me digo de pronto, y me río de mi reciente incursión.

La mujer del quiosco me contó de una amiga suya que iba a dar una clase de biodanza en su casa camino a Pelumpén, cerca de la cuesta.

-Te la recomiendo, María, ¡toma nota! -me dijo.

La casa está encumbrada en una pequeña loma. Como éramos tan pocos ese día, se agregó la mamá y el marido de la instructora. Nos formamos en parejas. Sin darme cuenta

estaba frente al marido de la profesora, quien resultó tener un parecido con el papá de mis hijos. A medida que nos acercábamos, alejábamos, su aliento se confundía con el mío. Empecé a sentir asco, luego repulsión; cada vez que debíamos rozarnos, yo oponía más resistencia a tal punto que el tipo me susurró con sus ojos cerrados:

-Déjate llevar...

No más oír esta frase salí disparada hacia la calle lo más rápido que mis cinco kilos demás me lo permitían y para mi suerte apareció un colectivo.

A LA SALIDA DE YOGA

Ya es la tercera vez que asisto a clases de Yoga (otro dato de mi amiga del quiosco), hay algunos ejercicios que no puedo continuar y me dejo caer en la colchoneta. La profesora me anima a seguir y yo me escapo de su mirada hasta que viene lo mejor: quedarse de espaldas por largos veinte minutos, durante los cuales me siento como una botella a la que le soltaron el gas. ¿En qué parte de mi cuerpo se guardaría tal tensión? Lo malo (además de mi tirria al ejercicio) es que el yoga me da hambre y junto con el aflojamiento muscular empiezo a imaginar que devoro un trozo de torta o de pastel.

Hoy, al salir de yoga voy por un café al Moneglia y suena mi celular: es el padre de mis hijos que ha tomado la costumbre de llamarme a diario. ¿Creerá que por su constancia iré a encantarme con él otra vez? ¿No sabe que es todo lo contrario y que (le vuelvo a repetir) lo nuestro está cerrado?

-¿Sólo un café?, tenemos torta de chocolate...-me dice la

jovencita mesera.

-Me encantaría, gracias, pero... ¡No puedo!

Saco mi computador. Repaso sin interés mis notas acerca de unas ceramistas que viven a un paso del cementerio, el parque las cruces como lo llama la mujer de las gallinas, pero no logro concentrarme. A las llamadas de mi ex se han agregado las de mi mamá para culparme, explayándose en recriminaciones que escucho como el chirrido de una radio mal sintonizada.

Levanto la vista y me distraigo al ver a un hombre solo leyendo junto a la mesa del fondo, creo que es el mismo que conversaba con mi arrendadora hace unos días. Todo él es como un cuchillo afilado. Ahora se pone de pie y al parecer va al baño. Observándolo de cuerpo entero confirmo que se trata de la misma persona, la que anda en busca de las hojas olvidadas en mi ropero, el probable autor del relato de la animita y el relojero.

Cruje la puerta de entrada, giro mi cabeza: es la colombiana, la de la iglesia del hospital Santo Tomás. Observa las mesas, mientras yo cojo apurada un diario de la silla a mi lado y me tapo el rostro. Asoma desde el pasillo la figura del escritor y la colombiana camina hacia él. Me acuerdo haberle oído a ella que buscaba trabajo en cualquier oficio relacionado con las letras. Él no se ve del tipo que da trabajo. Más bien se habrán conocido... Me viene un ataque de risa. Estoy detrás de las hojas del diario: parecen apurados, inquietos. ¿Por qué? Quién sabe a dónde se dirigen en esta mañana fría, ahora que salen del local.

-Tráeme el trozo de torta de chocolate no más... y otro café – pido a la mesera- Disculpa, conoces a las personas que acaban de salir...

-No sabría decirle, ¿los conoce? -me pregunta dejando mi

pedido en la mesa.

AL MARGEN

Celular en mano empiezo a revisar, este no, este tampoco, este para qué...así voy descartando: borrar, eliminar. Del celular: sí. Del chip... también. No quiero guardar nada. Anoto los números de mis dos hijos y el de la residencia de mi papá. Ninguna foto, ningún documento. Sólo ellos tres.

Le explico a la funcionaria que necesito cambiar el número de mi celular. Al ver sólo a mis hijos y a mi papá en la lista de contactos me baja un desborde de ternura hacia mis tres elegidos. Salgo del local sintiendo toda la liviandad que me permite mi cuerpo. No más llamadas que ni espero ni quiero recibir.

Las hojas amarillas de los árboles se dispersan en la calzada, con una que otra bolsa plástica. Llego a Palmira Romano donde las micros se disputan el espacio para adelantar al camión basurero detenido a un costado de la calzada.

- ¡Cosita! -escucho la voz de un recolector de basuras del camión.

-Ta guena la zanahoria- grita otro seguido de carcajadas.

Desde el colegio Waldorf se oye el barullo de los niños en el recreo.

-¡Parece que quiero leche! -grita un peón.

La lechera montada en su bicicleta atraviesa Palmira Romano y desaparece en dirección al cerro. Entro a echar una mirada al local nuevo que diviso. Banderines de colores como los de la sala de yoga, plantas, cuadros, libros. En el segundo piso, consultas de terapeutas infantiles y también de adultos.

Talleres. Flores de Bach...

- ¿Para reservar hora con la terapeuta...? -pregunto al joven que me trae el café.

-Tendrías que ir al segundo piso...yo...

¡Otra vez subir! Prefiero abocarme a mi trabajo un par de horas: reordeno mis notas de las ceramistas... una mujer baja la escala y sale del local. ¿Será la de las flores de Bach? La observo alejarse. Pelo largo suelto, andar calmado, un bolso parecido al mío...Entretanto, veo aparecer un correo del diario de Quillota en mi pantalla. Están interesados en mis crónicas... No necesito ni quiero trabajar más. Para qué volver a mi vida anterior.

La gente conversa distendida a esta hora en la plaza. Mientras la atravieso, escucho un alto parlante con la voz de Paloma Mami:

Sigue así, sigue así...me gustá que me diga mamá.

El ritmo se me contagia y doy unos pasos de baile. La letra se me pega, voy repitiendo 'sigue así, sigue así...' hasta coincidir con mi arrendadora en la puerta. Se ve nerviosa, casi ofuscada. Suelta a los perros y se me acerca en tono confidente.

-Disculpe, hace días que le quería preguntar. Hay un joven...negro, haitiano creo, que ya ha venido varias veces. Se para en la vereda del frente y mira hacia acá como si esperara a alguien...

Siento una puntada entre las piernas. Levanto mis hombros en silencio y mientras subo la escala la oigo exclamar:

-¡Ah! ya le decía yo a mi marido que no era conocido suyo. Mire qué alivio. A nosotros no nos gustan los inmigrantes que vienen

a quitarle el trabajo a los chilenos y menos los...-

CAMINO A LA OFICINA

Esta mañana de sol espléndido doy un rodeo por las calles aledañas camino a la oficina. Bajo hasta un pasaje, me vuelvo por un costado del Ferienheim y me sorprende una vieja compuerta que asoma en mitad de la vereda. ¿Pertenece a algún antiguo canal de la ciudad? En el fondo de la esclusa observo una lata de cerveza y el embace de un paquete de dulces. La rueda de la compuerta está trabada por una cadena con candado en el cual pintaron un grafiti de color amarillo. Escucho abrir una puerta, un hombre mayor saca una manguera a la vereda y la estira hasta la taza de un árbol para luego quedarse hipnotizado mirando el agua. Un golpe intermitente en la calzada me obliga a girar la vista: es la mujer de las gallinas, la del turbante azul. Viene con una rama a modo de bastón y a cada paso la roza en el cemento. La saludo con entusiasmo y ella sigue con la vista adelante como si no me hubiese oído.

La que supongo la esposa del viejo de la manguera se asoma por una ventana y le dice:

-¡Hoy no tocaba riego afuera. Hoy vienen las amarillas!-

Me detengo con el corazón acelerado: la mujer de tacos amarillos podría estar en la oficina. No quiero, no puedo encontrármela. Tomo mi celular y me acuerdo que he borrado los contactos. Tampoco he bajado la aplicación de mi email al teléfono. Apuro el paso, me dirijo a la primera banca de la plaza que encuentro y desde allí escribo al jefe de redacción que me tomaré las dos semanas que habíamos hablado, para abarcar más trabajo en terreno. Explico que iré a Lliu- Iliu y a Quebrada Alvarado. Cierro el computador y respiro tranquila mientras el camión de la basura viene a vaciar los recipientes frente mío.

El chofer lo estaciona, acciona la tolva y la basura empieza a ser compactada produciendo un sonido ensordecedor.

EN TERAPIA

Regreso al local de los banderines. Mi amiga del quiosco me recomendó la terapeuta de flores de Bach. Al lado mío espera ser atendida una mujer con una niña de unos tres años, canta Adele entretanto:

Some times it lasts in love but sometimes it hurts instead...

Por qué no he buscado al haitiano si de veras me gusta, qué espero para ir por él...

- Frambuesa, requesón; arándanos; cheesecake...-me ofrece el mesero.

Lo que quiero es bajar de peso, le explico a la angelical terapeuta.

-¿Habrán flores para eso?

-Las flores de Bach en sí no ayudan a adelgazar- me contesta ella con voz suave -muchos creen que funciona así...-me fija la mirada con el rostro más dulce que he visto en algún tiempo. Me inquieto en la silla. A través de la ventana se divisa un olmo al que le quedan pocas hojas... otra vez la brisa las desprende y caen ¿Qué espera para hablarme?

-Mira- empieza por tutearme- por qué no me hablas un poco de ti antes de que pasemos a las flores...

-¡Ah!...me dedico a hacer crónicas para el diario local. Trabajo mucho en terreno haciendo entrevistas y esas cosas...- me he puesto nerviosa, las palabras me salen a tirones como si estuviera en un examen.

-¿Y algo en especial que te haya pasado últimamente?- se pone de pie y va a su estante. Coge un libro, viene a sentarse y continua -...un mal rato con algún familiar... ¿tienes hijos?

-Cómo te llevas con ellos...

-¡Muy bien!- digo recuperando la calma- estudian en la universidad y nos llevamos muy bien...

- ¿Y con su papá, estás casada, separada? -deja caer la pregunta mientras hojea el libro.

¿Es importante para adelgazar que diga esto? Ella se vuelve a poner de pie, siempre mirándome, esperando mi respuesta. Se dirige a la ventana, espera otro par de minutos que se me hacen horas y dice que me leerá un texto breve. Empiezo a oír un dulce sonsonete en el que intento concentrarme y su figura, iluminada por la luz de la ventana es como la estampa de un ángel. Muy alta, rubia, etérea. Sobre un vestido de una tela de color pálido, lleva una especie de capa de gasa floreada y vaporosa, algo que a mí no se me habría ocurrido usar. Calza unas zapatillas como de bailarina de ballet, ¿dónde las comprará? Su pelo de un brillo inusual es claro, levemente ondulado...¡Qué bien se ve!

- ¿Y ... te dice algo esta historia...?

- ¿Eh? perdona no estaba escuchando, me distraje con...-

- ¿Sueles distraerte a menudo? -me pregunta con esa amabilidad suya que empieza a exasperarme.

I was wondering if after all these...

Oigo la voz de Adele ya con mi frasquito de gotas en el bolso.

UNA AMIGA DEL LICEO

Estudiamos juntas desde básica. Sus compañeras de clase la pelábamos porque era muy callada y seria, además nos irritaban sus buenas calificaciones. Le pusimos la filósofa el día que por primera vez abrió la boca. Era una tarde calurosa, nos aturdía el sueño a la espera de salir disparadas a la playa, estábamos en clases de filosofía y de pronto, escuchamos sus opiniones acerca de un griego de la antigüedad cuyo nombre no recuerdo. Después, descubrimos que ya tenía sexo con su pololo y que aspiraba cuetes de vez en cuando. Así las cosas, rápidamente la integramos al grupo de la playa. Yo me la encontré más tarde en la facultad de letras, nos juntábamos a conversar entre clases. Ahora vive en Santiago, me envió un email, diciéndome que viene a la región. Quedamos en Quilpué.

Reconozco de lejos su cara y manos de ratón. Sus movimientos como golpes eléctricos. Nos abrazamos largo, mirándonos y riendo, en medio del gentío. Desde un parlante alcanzo a escuchar:

Yo no soy esa que tú te imaginas...

Estamos hambrientas, pedimos, ravioles y un Malvec que paladeo mientras me cuenta de su trabajo en la universidad.

-El otro día me volví a sentir alumna y 'evaluada' ¡qué desagradable es! –le comento.

-Sí, ser alumno, ¡qué tema! ¿tú, evaluada... en qué situación?

-Fui a ver a una terapeuta de flores de Bach para bajar de peso. La ropa no me cruza- contesto y enmudezco pues nos llegan los ravioles.

-Bajar de peso...- me dice ella entre bocado y bocado- estudio

la estética machista...

-¿Feminista?- le pregunto.

- Más bien fundamentalista -se larga a reír- En el fondo, desde la teoría estudio los códigos tradicionales de género.

- Yo me miro al espejo, no me gusto; no me entra la ropa, no quiero comprarme otra y eso sería todo.

-Sí, claro, pero detrás...- toma un sorbo de vino- hay una respuesta a pulsiones inconscientes... ¿estás trabajando en periodismo local ahora. La última vez que nos vimos...hace un año creo, eras jefa de redacción de modas, tenías gente a tu cargo, mucho ajetreo, mm... ¿cómo es tu trabajo ahora?

- Escribo crónicas para el semanario de una...ciudad pueblo.

-Dejaste la revista, tu puesto, no quieres comprarte ropa... ¡Qué de cambios!

-Si

-¿Y te han resultado?

- Si... excepto por los cinco kilos de excedente- sonrío y la observo en silencio, empiezan a marcarse algunas líneas en su cara alargada

- ¿Y, tú... sola aún, soltera como siempre por esa otra teoría de mejor no tener hijos?

-Soltera, sin hijos...sí. Aunque no sola.

-¡Cuenta! No imagino a dos filósofos en la cama...

-¿Filósofos? ¡No! De todo menos un colega. La verdad, desconocidos que van y vienen. Nadie en especial. Sólo

encuentros...- agrega con un dejo de nostalgia y recuerdo que era melancólica y que solía escuchar sambas argentinas, mientras nosotras no dejábamos a Michel Jackson.

-Yo me lie con un haitiano... -le largo de sopetón. Me mira con los ojos bien abiertos- Tiene unos veintitantos y no habla castellano.

- ¡Qué romántico!

- ¡Por eso tengo que bajar de peso!

Estamos en medio de unas castañas en almíbar. Me pregunta por mis hijos, me escucho diciéndole, 'todo bien'; mira la hora porque debe irse, nos despedimos y me quedo con una sensación de vacío que perdura hasta después de regresar a mi casa.

EN LA AMASANDERÍA

Las gotas de las flores de Bach me empiezan a provocar cambios. La terapeuta me explicó que, de surtir el efecto deseado, al principio me aumentará la ansiedad por comer dulce y luego vendrá un equilibrio. Sonaba maravilloso. Pero ahora muero por comer masas saladas y bajo un cielo celeste encendido me dejo llevar a la amasandería Baeza, de calle Prat.

-¿Las quiere pasadas en chancaca o secas; para servir o llevar?-

Tomo asiento afuera a la sombra de una buganvilia con mi paquete de sopaipillas secas. ¡Qué disfrute el crujir de la masa contra mi paladar! Saco mi tablet. Entre mascada y mascada reviso las últimas notas recogidas en Quebrada Alvarado, pero

estoy muy incómoda, como en una postura de yoga. La profesora me ha dicho que debo hacer los ejercicios exigiendo más a mi cuerpo, yo siento que lo exijo al máximo. Imposible llegar con mis manos o mis pies adonde ella me pide. Durante la última clase me ubiqué junto a la puerta, lo más lejos posible de ella, pero hasta allá llegó su mirada:

-Estira un poco más, abre, puedes lo más bien...

Cierro el computador y opto por saborear mi sopaipilla crujiente. Retengo en la boca el último trozo de masa y me largo a caminar. Hace días me habían hablado de la antigua fábrica de cerveza. Tomo la calle O'Higgins y llego a San Martín desde donde diviso la enorme construcción. Pesada e imponente, de color verde desteñido, abarca una manzana entera y más. Es magnífica, descomunal. Cien años atrás, sus altas chimeneas deben haber sido un punto de referencia. Hoy me dejan boquiabierta y opto por recorrer las calles del barrio construido para sus trabajadores. Atravieso los estrechos pasajes. Huelo almuerzos en preparación y a medida que avanzo, escucho los programas de las radios, voces de niños, rumor de conversaciones.

De pronto, una puerta se abre media cuadra, delante mío. ¿es él, el haitiano, quien sale y empieza a caminar rápido, dándome la espalda? Apuro el paso, intento llamarlo. No sé su nombre. Sigo avanzando de prisa tras sus largas zancadas. Toma uno de los pasajes laterales, empiezo a correr, el bolso se me suelta del hombro. Su figura se dirige ahora hacia un sitio eriazado. Alguien me llama desde atrás. Me doy vuelta: un niño me hace señas con algo en la mano.

Miro adelante, aún lo puedo ver. Retrocedo, el niño me entrega mi cuaderno de notas y vuelvo a impulsar mi carrera. El haitiano va a desaparecer entre unos arbustos. ¿A dónde va, qué hará ahí? Algo lo hace detenerse, se da la vuelta y mira

hacia donde yo vengo corriendo... no es él. Quedo paralizada, mi corazón a punto de reventar, la vista puesta en la enorme fábrica con su muro descascarado, ventanas rotas y clausuradas.

ENTRE QUIOSCOS

-Tengo otro buen dato para ti –me sopla con una sonrisa la ahora amiga del quiosco- en el otro Limache, una experta en imanes. Ella me dice que los imanes alinean los chacras -me advierte mirándome de lado- ¿Tienes dónde anotar?

Pueda ser que los imanes ayuden con los kilos, tomo nota. Las clases de yoga me tienen harta y las gotas de las flores de Bach se me olvida tomarlas.

-A propósito de datos. Me contaron que saliste arrancando de biodanza... ¿qué te pasó?

-Me vino la...tú sabes, en medio de la sesión- le miento y para cambiar de tema le digo que me compré una bicicleta antigua.

Encontré una Oxford de color azul, en una venta de garaje. Tenía hasta las ruedas infladas y me volví pedaleando. Mis arrendadores me miraron horrorizados. Imposible dejarla en el patio. Así es que la subo a mi altillo y la dejo apoyada contra el ropero.

Me dirijo al Ferienheim a trabajar en mis notas de la amasandera de Quebrada Alvarado. Doy un rodeo como el par de nubes que en este momento parecen perseguirse en el cielo, paso a la ferretería por unas ampolletas led, cruzo la avenida, observo la fila de personas junto al quiosco de la plaza y camino bajo la sombra de los árboles hasta que me encuentro con unas banderitas de colores, como las del café de la terapia floral. Se ha abierto un local de manicura y uñas: la dueña venezolana me explica que puede hacerme unas

uñas preciosas pintándome sobre el esmalte lo que yo elija.

-El esmalte que le pondría dura intacto al menos tres meses-me asegura. Saca sus folletos del cajón, me muestra fotos y concertamos una hora.

Ya casi es medio día cuando llego al Ferienheim. Me ubico junto a la misma mesa de la vez anterior cuando preparaban un matrimonio y me encontré con mi amiga del tiempo en que mi hijo era guagua. Hoy, el jardinero corta el prado. En medio del olor a pasto diviso a un grupo de señoras mayores que entra. Todas bordean los ochenta años. Vienen a sentarse junto a la mesa larga que está a mi lado. Proviene de un mismo curso en el liceo, dice una de ellas. Por minutos, bajan el tono, sus rostros se vuelven serios, de pronto alguna lanza una broma y el jolgorio prosigue en voz alta. Entre tanto, abro mi pantalla donde aparece nuevamente un email del periódico de Quillota y otro de mi jefe recordándome el reintegro a mi trabajo presencial en la oficina. Evado una respuesta directa y le aseguro que hoy enviaré mi nueva crónica, ambientada en Quebrada Alvarado.

-¿Le traigo también un bienenstick?- me pregunta la mesera dejándome el café. Se me hace agua la boca, pero rechazo la propuesta y repaso mis notas.

Las octogenarias acá en el Fereinheim cantan cumpleaños feliz a una de las asistentes. La que hace de cabecera se pone de pie y empieza un discurso interrumpido por risas y gritos. Viene una carcajada general:

porque es una buena compañera y nadie lo puede negar...

Algunas no recuerdan la letra de la canción, miran despistadas a sus amigas y repiten después. Me concentro en mis notas, describo el puesto de la amasandera: su delantal rojo y blanco,

su horno antiguo, el ventilador para ahuyentar las moscas

-Mamy, todavía no sabís sacar la cuenta...- le dice una hija riéndose cuando la amasandera le pide ayuda con una suma.

Entretanto, en el Ferienhiem las octogenarias empiezan a despedirse alargando el momento, una de ellas con disimulo coge el único resto de sándwich olvidado. Lo envuelve cuidadosamente en una servilleta y lo introduce en su cartera.

- Mientras no nos lleven al hogar de viejos...- dice la festejada y salen.

A LA SALIDA DE LA MANICURA

Acabo de terminar por fin la crónica de la amasandera. Voy contemplando mis uñas esmaltadas a las que les pintaron unas hojas de otoño. Las heredé de mi mamá, porque las de mi papá son chicas y anchas. En realidad, todo en él es apretado, grueso y más bien corto. Me cuesta entender cómo mi mamá, una mujer de cuerpo imponente, se haya enamorado de él. Formaban una pareja dispar, rechoncho y oscuro como una papa él y ella una mata en floración. La papa y el choclo jóvenes paseando por ahí como yo ahora camino por esta calle arbolada.

La tarde está tibia, hay una brisa cálida, las luces se han encendido y escucho el murmullo lejano de una voz que canta. Pasa un hombre por mi lado, me mira y sigue. Antes de atravesar Riquelme, veo venir desde la plaza al escritor, ese personaje larguirucho y algo encorvado, que divisé en el Moneglia hace unos días y que se juntó con la colombiana de la iglesia Santo Tomás. Esta vez él se me acerca. Trato de evitarlo. Me corta el paso.

-Disculpe, hace días que quería hablarle...-me dice con un tono de voz muy baja que me sorprende. - Resulta que yo vivía

donde usted vive ahora. Soy escritor y estoy seguro de haber olvidado en el ropero de ese apartamento unas hojas mecanografiadas...de las que no guardé copia...-

En un segundo pasa por mi mente aquel cuento horrible acerca del relojero y sus hijas, luego la imagen de la casa de Olmué donde estuve con el haitiano...

-Lo siento, no sé de qué me está hablando...- atino a contestar, me hago a un lado y apuro mi tranco. ¡Pero qué se ha creído, qué tipo desagradable, cortarme el paso!

EN REUNION FAMILIAR

Acordamos juntarnos en Viña del Mar. Es mi cumpleaños número cuarenta y cuatro y almuerzo junto a mi hijos. Mientras despachamos un pisco sour y unas machas a la parmesana, un kich de mariscos y dos botellas de Syrah, mi hija cuenta de sus avances en la universidad y mi hijo de su futuro con la guagua que llegará el próximo verano, al inicio de sus vacaciones.

-Llega en el mejor momento- comenta él.

-Atinado desde el principio- agrega mi hija. Ella está segura que será un niño.

-No te veo muy entusiasmada- me dice él

-No quieres ser abuela, lo siento.

-¡No!, me estoy acostumbrando a la idea, aunque...

-¡Mamá! Te pondrás chalada cuando lo veas- me interrumpe ella -acuérdate como te gustan las guaguas, yo te he visto...- continúa relatando con entusiasmo nuestros encuentros con

alguna guagua.

-¡Déjate de hablar tanto!- la hace callar él y yo recuerdo cuando eran niños y sucedía lo mismo: ella hablaba sin parar hasta que él daba un grito o le pegaba para que se callara. Ahora los miro y no deja de provocarme orgullo que ambos vayan a ser periodistas como yo, aun siendo tan distintos.

Pienso: ella probablemente se dedicará a la moda y él será un periodista sin fronteras, empuñando una bandera en la lucha por hacer visible las injusticias del mundo, como le he escuchado decir alguna vez muy serio. El mozo nos trae el postre y vuelvo a la realidad con los ojos sobre una tentadora torta de merengue con lúcuma. Entre el alcohol ingerido y el dulce nos ponemos más alegres y comunicativos.

-¿Mamita te has sentido sola?- me pregunta ella de pronto.

-¿Yo? ¡No!- Mi hijo me mira con cara de duda.

-¿El trabajo te mantiene tan ocupada?- me pregunta él.

-¡No! mi trabajo es muy aliviado. Salgo a hacer entrevistas, junto material, tomo notas, paso un par de horas a la semana en la oficina y en cualquier lugar, mis dedos sobre el teclado, alargan, acortan, eso que me gusta y me entretiene, y el resto estoy de vaga, gozando de mi tiempo.

-¿Nunca te has tentado por escribir un cuento o algo así?-mi hijo me sorprende con su pregunta.

-No, nunca. No tendría idea cómo hacerlo, tampoco tengo la voluntad, menos la perseverancia... dejo ir las cosas según mis ganas...-

-Pero...- empieza él. -¿Le vas a preguntar que por qué no se dedica a algo más serio? La mamá no es como tú. No tiene

rollos ni con la justicia ni con la pobreza ni ...-

-Estoy muy bien de cronista- la interrumpo y me dirijo a él- ¿a ti te tiente escribir cuentos? No se da por aludido y ella empieza a hablarme de su papá. Me dice que sigue en su mismo puesto a cargo de la automotora, que llegó un modelo nuevo que lo tiene muy atareado, según le cuenta a ella, citas con la prensa, presentaciones...

-Es admirable como tu papá siendo tan recatado sea capaz de salir de su... cáscara y mostrarse, que lo hace muy bien por lo demás.

-¡El papá recatado!- contesta mi hija e intercambia una mirada con mi hijo.

-¿Le contamos?- se largan a reír.

-¿Estás preparada para saber del papá?- me pregunta mi hija con evidentes deseos de chismorrear. Mi hijo le pone la mano en el brazo y le dice que mejor no. Ella contesta que me está preguntado y que sabe que será sincera. Él levanta las manos, los hombros en señal de desentenderse.

-Los titulares son: primero, le pillamos una pistola -abre los ojos con la primicia- luego, supimos de un detective –inclina su cabeza- y por último apareció ‘ella’.

-¿Ella?- pregunto yo.

-Ella- me confirma.

-No entiendo la secuencia, necesito detalles- agrego siguiendo el juego.

-Detalles –contesta mi hijo- Él quería matarse por ti, por no

poder verte; por no saber dónde estabas, si volverías o no y porque la vida sin ti había acabado para él.

-Ningún suicida de verdad anuncia antes su cometido-interrumpo.

-Así pensamos cuando nos hizo saber, aunque le rogamos que viera un terapeuta. Nos obedeció. El antidepresivo que se estaba tomando lo...- dice mi hija.

-¿Estaba, lo dejó?- pregunto.

-Déjanos terminar – agrega él – Estaba tomando el antidepresivo cuando contrató al detective que te encontró.

-Ese detalle no me gusta-

-Entonces se cruzó ‘ella’ en su camino y lo hizo olvidarse de todo- agrega mi hija rápidamente con una sonrisa de triunfo.

-¿Quién sería ‘ella’?- pregunto.

-La misma que lo invitó a bailar en mi licenciatura, te acuerdas...-

-¡Esa harpía!- me sale del alma.

-Esa harpía- confirma mi hijo.

EN BICICLETA

Me pongo mi buzo y agarro la bicicleta. Miro a ambos lados de la calle, decido ir en dirección sur. Una vecina que barre la vereda se detiene a mirarme mientras esquivo su escoba. Atravieso Caupolicán, me acerco al estero y a medida que pedaleo más segura, siento mis piernas llenas de energía. Respiro como lo hacía de niña cuando mi papá corría a mi lado y yo pedaleaba rápido para que no me alcanzara. Desemboco

en un tramo de tierra junto al estero. Mi pedaleo empieza a tambalear. Me detengo en el ripio y camino tirando de la bicicleta por el manubrio. De entre las matas veo aparecer a la mujer de las gallinas con su turbante azul, paso por su lado, nos miramos y ahora es ella la que me reconoce:

-¡Hola!- me dice. Ando muy triste, se me fueron cinco gallinas al fundo Las Cruces. Yo miro hacia los matorrales de donde ha salido...

-¡No, ahí no! –protesta- las llevé a Las Cruces, te digo. Pero allá no te dan ninguna cosa...- vuelve a internarse entre los matorrales.

Monto en la bicicleta otra vez, pedaleo con fuerza, subo al pavimento, paso junto a la compuerta en cuya esclusa veo basuras, voy llegando a la esquina, pedaleo acelerada, empiezo a frenar, los frenos no me responden, raspo la calzada con mis zapatillas, voy a dar al suelo: delante mío pasa una camioneta roja a toda velocidad.

Me pongo de pie ¡de la que me salvé! Pedaleo hacia el taller de bicicletas de avenida Urmeneta. Hago un largo rodeo para no pasar por el terminal de buses donde me podría encontrar con él. Voy a la vuelta de la rueda y a medida que avanzo escucho

I feel your fever from miles around...

Ha aumentado la temperatura, me saco la chaqueta del buzo. voy con una polera suelta y sin sostén, me siento comodísima:

Just kiss me baby and tell mi twice...

-No me frena- le explico al dueño del local, cuya cabeza asoma entre yantas y accesorios colgando de un alambre. Pronuncia una frase que no alcanzo a oír por sobre la voz de Mickael

Jackson.

-Me la tiene que dejar- repite- y girándose hacia el fondo del local vuelve a gritar- ¡Aló!

Desde adentro del local veo venir una figura. Mi corazón empieza a desbocarse. ¿Qué hace aquí? Sí es él esta vez. ¡Pero si lo hacía en...! Siento que mi pelvis se desprende de mis caderas, que un orificio se agranda entre mis piernas, un orificio que me succiona el ombligo. Él se acerca, coge la bicicleta, busca mis ojos.

-Revísale los frenos- le grita el dueño indicándolos, él asiente y desaparece con mi bicicleta por un pasillo oscuro.

-¿Puedo esperarla...verla, quiero decir, ver lo que le hacen?-

-¿Verla...qué le quiere ver?- me grita el hombre y levanta los hombros. Levanto los míos y apurada me interno por el mismo pasillo entre decenas de bicicletas apiladas. Apenas hay espacio para avanzar, se me enreda la chaqueta que llevo en la cintura con un pedal, la suelto, me mancho el pantalón al rozarlo en el aceite de una cadena, huelo a humedad, a mugre, mis piernas flaquean cuando llego a una pieza oscura. Él me da la espalda, aclaro mi garganta. Se gira, se sorprende, viene hacia mí con toda su calma, me abraza. Sus manos acarician mi pelo mientras escucho:

The way you make me fell, you really turn me on

EN BIOMAGNETISMO

Abre la puerta una mujer de rostro imperturbable. Sus labios apenas se mueven al saludar, lo mismo sus ojos. Es de baja estatura, cojea de la pierna derecha, me señala dónde dejar mi bicicleta entre los materiales de construcción que debemos sortear.

-Mi hija se viene... ésta será su casa- me explica sin mirarme.

Entramos a una sala de espera y luego pasamos a un espacio contiguo, donde hay una camilla alta a la cual me subo por una pequeña escala de madera. Ella prepara algo que no alcanzo a ver, miro las paredes en las que cuelgan afiches de paisajes con mucho verde y aguas que caen.

-¿Dolor en alguna parte de su cuerpo? -escucho su voz plana, sin entonación.

-No.

-Bien. Repartiré los imanes ... ¿segura que no hay nada en especial?

-No le entiendo- digo levantando la cabeza y busco sus ojos que no encuentro.

-¿Qué la hizo venir?

-Subí de peso y quiero bajarlo.

-Se siente mal así...

-No.

-No le gusta su cuerpo entonces.

-La ropa no me cruza.

-Bien, entiendo- me dice en ese tono neutro. Empieza a ponerme los imanes con mucha suavidad, en las piernas, la pelvis, la cintura, el pecho, la garganta, la frente...

-Agregaré un imán en su oreja derecha. Si necesita algo llame. Me tapa con una frazada delgada y empiezo a escuchar:

Sa-ta-na-má. Sa-ta-na-má. Sa-ta-na-má. Sa...

Oleadas de calor recorren mi cuerpo, llegan y se van. Siento un leve palpar en la oreja del imán. Muevo un poco la cabeza y el imán va a dar al suelo. Inmediatamente se abre la puerta.

-Está inquieta. Los imanes no le pueden hacer daño. Déjese curar -me ruega. Recoge el imán, me lo vuelve a poner junto a la oreja y sale en silencio.

Me siento lo más bien. Nada de inquietud, más bien placidez. No hay caso, el imán de la oreja vuelve a caer al suelo y ella a entrar. Esta vez se detiene a mi lado. Me observa.

-Cierre los ojos- me susurra.

Su mirada me perturba. Los imanes aumentan su energía y las olas de calor van y vienen con más celeridad por todo mi cuerpo. Abro un ojo: ella sigue ahí observándome. Lo cierro. La oigo recorrer la camilla y detenerse frente a mi oreja derecha.

-Es suficiente por esta primera vez.

Empieza a sacarme los imanes y con toda calma los va regresando a sus cajas individuales.

-¿Cómo se siente? –se acerca a mi cabeza por el lado derecho

-¿Sabía que su oreja derecha se mueve, jugaba de niña a mover las orejas...?

-Sí -contesto sorprendida.

-¿Con quién?

-Con mi papá. Guarda silencio mientras yo observo el cielo blanco de la habitación.

-¿Ha oído hablar de las constelaciones familiares? –sus ojos están perdidos en la pared -Hay distintas formas. Le recomiendo constelar...busque, hay consteladores muy buenos, hágalo. Le ayudará. Puede sentarse.

Me palpo la oreja derecha y la siento caliente. Me toco la izquierda, tibia. Vuelvo con la mano a la derecha y la imagen de mi papá moviendo sus orejas a toda velocidad me viene a la memoria. Ríe a carcajadas. Debo tener cuatro o cinco años.

-Le sugiero volver la próxima semana, con seis sesiones será suficiente. Le paso el billete de cinco mil pesos que ella coge con sus dos manos extendidas como si rezara y me hace una pequeña reverencia.

AL CELULAR CON MI HIJO

He venido a sentarme en una banca de la plaza para hablar con mi hijo. Busco a la barrendera joven que otros días he divisado y caigo en la cuenta de la hora, son pasadas las seis; a esta hora la he visto alejarse en dirección a Palmira Romano. ¿Otra inmigrante que vive lejos y regresa caminando a su pieza arrendada? Un par de veces nos hemos cruzado en la verdulería. En las dos oportunidades la he visto hurgar en el montón de lechugas. Una lechuga, esa ha sido su compra. ¿Será ése su almuerzo, reservará el sueldo para enviarlo a su familia?

Contesto el llamado de mi hijo. Como siempre va directo al punto. Me pregunta si lo autorizo a usar ‘mi’ historia con su papá:

-Pistola, detective, ella- me resume.

-Ese invento de ustedes no es mi historia, pero suena bien,

aunque poco original- le contesto.

Me explica que se ha abierto un concurso de cuentos en la facultad y quiere concursar. Ha estado leyendo mucho a Roberto Ampuero y cree haber aprendido de su forma de escribir. Me dice que su detective se llamará Hildefonso Pedigí, en vez de Cayetano Brulé, ése es el nombre del de Ampuero me aclara.

-¿Hildefonso Pedigí? Me largo a reír y mi hijo se enoja. Lo escucho bufar preparando el ataque. -¿Vas a copiar a ese...Cayetando... Ampuero entonces?

- Pedigí, no Ampuero. Voy a hacer un remake -vuelve al tono serio original

-Me da lo mismo que uses aquel invento de ustedes o cualquier otro relacionado conmigo. No era necesario que me preguntaras, pero bueno, tú eres así.

-Gracias. Veo que te quedaste con que era un invento lo que te contamos...-

-Haber... tengo curiosidad. Si es una historia policial...habrá un asesinato, supongo, ¿quién mata a quién en tu...?

-Prefiero no decirte. Voy a ganar el concurso, el cuento saldrá publicado y entonces sabrás.

-Está bien... y sólo por -supuestamente- ser yo parte de la historia, ¿a tu papá lo pones de víctima o de villano?

-Ambos-

-Y...¿a ella?

Largo una carcajada mientras él se queda en silencio. Sigo

riéndome me viene la imagen del juego de las orejas.

-¿Sabías que con mi papá jugábamos a mover las orejas?

-¿Con el abuelo? No lo imagino a él en eso.

-Sí con él... Nos poníamos uno junto al otro y el juego consistía en que debías sentir en tu oreja el movimiento de la oreja del otro.

-Bien raro el juego – contesta con su seriedad habitual.

-Tu abuelo se reía a carcajadas cuando yo lo lograba.

-¿El abuelo riéndose...y... a carcajadas; no lo habrás soñado?

-¡No, si lo veo!

-Cuando vayas a visitarlo-, pregúntale; estoy seguro que te lo inventaste.

-Tienes razón, es muy raro. De he hecho, ahora que lo dices, creo haberlo visto reírse sólo cuando jugábamos a la oreja.

-Pero... ¿hace cuántos años, mamá?

- Tendría que sacar la cuenta...Estábamos viviendo en la casa de dos pisos, nos sentábamos en una grada de la escala y empezábamos con la tontera de las orejas, debo haber tenido entre cinco y seis años a lo sumo...

-Eras bien chica – me contesta en tono de duda- ¿Y cómo te acordaste?

-Esa es otra historia...

EN EL PARADERO

Desde que mis hijos inventaron que mi marido sabe donde vivo, estoy buscando otro lugar. Nada me ata al piso donde vivo ahora. Le pregunté algún dato de alojamiento a mi amiga del quiosco y ella me habló de unas cabañas en calle República. ¿Será cierto lo que me dijo de su dueña, que es una persona interesante? En todo caso abrió el apetito de mi curiosidad. Estoy en el paradero en Palmira Romano esperando la micro; llevo diez minutos sentada y no viene, pero suena mi celular: es mi hija. Al parecer, mis hijos están de vuelta en mi agenda.

-Mamita, tengo dos novedades...enjundiosas para ti.

-¿A ver?

-Adivina...

-Mm...te nombraron...

-No, no, nada...de la universidad.

-La guagua de tu hermano es mujer.

-Tampoco.

-Estás...ya sé, estás andando con...

-¡Eso mismo!. Estoy feliz, mamá, ¡feliz!

-Cuenta, cuenta.

-Primero adivina la segunda- le oigo decir y pasa delante de mí la micro. Alcanzo a ponerme de pie, extender el brazo, los pasajeros me miran y el chofer sigue de largo.

-Acabo de perder una micro, cuéntame...mejor.

-El papá dejó a la harpía...que en realidad no lo es tanto...

-¡Cómo que no!-

-Es que la estoy conociendo ...

-¿La estás conociendo...? No entiendo nada.

-Es la mamá de mi... ¡andante! Lo siento mamita, así no más es...

-Te llamo más tarde. Viene otra micro y no la quiero perder.

Mis hijos parecen empeñados en sorprenderme y a veces (como ahora) me dejan los pelos de punta estoy pensando, cuando el camión basurero se adelanta a la micro y el aire queda lleno de bolsas plásticas que veo posarse en las ramas de los árboles.

Junto al portón y por dentro de la propiedad donde vive la mujer interesante hay un enorme eucaliptus desde el cual pende una campana que acciono.

-Pasa, ¡bienvenida! -la melena afro de la mujer interesante llega, encanecida, hasta la cintura. Los suecos de madera sobre los que encumbra su talle corto de caderas y pechos repolludos no alcanzan a elevarla por sobre el metro cincuenta. Busco a qué se parece su figura y se me viene la imagen del ñandú. Tal cual: es como un ñandú con cuerpo de mujer, me río para mis adentros. Aficionada a la construcción, pesos que le llegan de afuera, me dice mientras recorremos su quinta, pesos que destina a nuevas cabañas. Cada una de las seis que posee tiene un diseño distinto y entretenido para mí. Me gusta el domo de cielo transparente. Acordamos un precio mensual y la voy a dejar en sus quehaceres (los que imagino interminables para mantener en orden su terruño, como lo llama) cuando me invita un mate.

Nos sentamos en una pequeña mesa redonda a la salida del

domo. Corre a su casa, golpeando los suecos en el sendero de gravilla, temo más por lo que yo tendría que hacer en caso de que se cayera que por su integridad, pero regresa perfectamente entera con dos mates de calabaza y sus respectivas bombillas.

-Estuve unos años viviendo a orillas del Paraná, ¡qué río maravilloso!

-¿De verdad? Qué suerte haber estado ahí- contesto por decir algo.

-Sí, tendría unos treinta años, mi marido estaba aún vivo. Fue un buen hombre, fuimos felices. Bueno, todo lo felices que se puede ser en pareja... Enmudezco con la bombilla en la boca.

-Me dejó una fortuna. Sabes todavía lo recuerdo...en las noches...tú me entiendes. Inclino mi cabeza en señal de comprensión, su historia me tiene curiosa.

-Viajamos mucho antes del accidente. Tengo el orgullo de haber estado en cinco continentes. En fin, creo que tú y yo nos llevaremos bien. ¿Me dices que trabajas de cronista?

-Sí, cronista local.

-Bien, yo no paro en el día por acá, salgo temprano. Dirijo algunas fundaciones. Dedico a cada una ocho horas reloj. Medio ambiente: lunes; teatro infantil: martes; neurociencia...

-¡Qué interesante! -me sale de manera espontánea y me río para mis adentros.

-Sí, no podría estar quieta. Sé que los demás abusan de mi energía. No me importa. Tengo de sobra. Como ves estarás sola acá. De vez en cuando te encontrarás con Alfonso, mi chofer y cómo decir... mi... ¡asistente global! Vive acá a la

vuelta. Ya lo conocerás.

Bajo un cielo gris, regreso a Limache, el nuevo, caminando por República hasta Palmira Romano. Es una buena tirada. Me entusiasma el cambio que me significará vivir en este otro Limache, el viejo, como lo llaman. Paso una pequeña plaza con un árbol altísimo al medio; a un costado de ella en una casa antigua se lee 'Una casa de cartón, editorial' me acerco y descubro otro anuncio: Fundación Lumbre.

Llego a los bomberos, paso la cárcel, echo un vistazo a otra plaza más grande con la consabida fuente al medio. En Palmira Romano voy tan entusiasmada en mi caminata que continuo. Atravieso el puente, tomo Caupolicán y me acuerdo de llamar a mi hija.

-Ahora no puedo. Dice su mensaje. Entonces recuerdo las primicias que me ha hecho saber: no sospecho la causa del rompimiento de su papá con la harpía. Imaginé una relación que podría funcionar de lo más bien. El otro aspecto, ese que su andante es hijo de ella... lo dejo en espera de mayor información, aunque ¿qué más da?

EN TRANSITO

-Además de no avisarme a tiempo me deja la bicicleta... -me reclama mi arrendadora. Aun cuando le estoy pagando un mes de gracia por dejar el altillo de un día para otro, no entiende. Insiste en que debí avisarle con treinta días de anticipación, como habíamos acordado.

-La bicicleta la dejo sólo hasta mañana -le insisto.

-Eso dicen todos -agrega contrayendo sus labios. Subo la escala. Siento urgencia por salir rápido de este lugar. Cojo la

maleta, meto la ropa adentro, la dejo abierta y voy al balcón, echo una última mirada a los juegos de la plaza, al terminal de buses, a los árboles. ¿Me estoy despidiendo de qué? Entro, echo una mirada a los papeles sobre la mesa, los reviso uno a uno, voy por el basurero, tiro la mayoría y echo a mi bolso el resto. Me recuesto en la cama.

Fueron buenos días de soledad ¿Qué nuevos sonidos encontraré en el Domo? Me pongo de pie, me peino, recojo las cosas del baño y cierro la maleta. Voy a salir por fin cuando recuerdo el maldito cuento del escritor. No lo quiero conservar. Tampoco quiero dejarlo para que otro lo encuentre. Lo he puesto en algún sitio, busco desganada, reviso el ropero, el estante de los alimentos, doy vuelta el basurero. Muevo el sofá cama y ahí detrás aparecen las hojas. Agarro el manojito con dos dedos, como si se tratara de la cola de un ratón muerto. Voy al lavaplatos, prendo un fósforo y se lo acerco. Mientras las hojas arden, me sonrío contenta y el rostro de mi amigo que cantaba, diciéndome lo malvada que puedo ser vuelve a mi memoria. ¿Estoy poniéndome nostálgica? ¿Será la vejez que ya viene? Nunca fui de recuerdos. Qué más da. La bicicleta queda apoyada contra el muro. Cierro la puerta. Empiezan a caer unas gotas.

UN DOMINGO FRÍO

Me llegó la invitación al email: 'Caminata en Limache'. ¿Por qué no? Es un domingo frío bueno para caminar. Nos encontramos en la estación. Dirige el grupo de unas veinte personas, una periodista de apellido extraño. Saluda a cada uno por su nombre. Es alegre y animosa como su melena rubia. Sus ojos destellan cariño y optimismo. Estoy intrigada observándola: siendo una mujer de mi edad, conserva un modo infantil que oscila entre la inocencia y el juego. Es una Rapunsel de Limache.

-¡Ahí están! -dice de pronto en son de alivio. La colombiana viene al trote acarreando de la mano al escritor. Llegan acezantes, piden disculpas por el atraso y la guía empieza su tour en la misma estación de trenes, contándonos que se inauguró en 1856, como una estación secundaria, aunque poseía su propia maestranza...

Detrás de los demás participantes, mis ojos se deleitan en el primoroso vestido tejido a mano de color rosado con puños y cuellos de broderí que viste la colombiana, quien parece muy interesada en observar lo que le muestran. El escritor esta vez no va de corbata, viste su invariable y ajada chaqueta de tweed, a cuyo primer botón llega apenas la nuca de ella. Se ve que lo tiene agarrado. No deja de mirarla ni le suelta la mano. Avanzamos por avenida Urmeneta, frente a la zapatería 'La Estrella', se nos informa de la familia palestina que llegó a Limache en...y nos dirigimos hacia calle Riquelme. La guía se detiene frente al edificio de estilo italiano cuyo frontis ocupa una cuadra:

-La familia Masera construyó ...- Entre sus frases, llega la voz de José Luis Perales, busco de dónde proviene: el mozo de la shoppería saca mesas y sillas a la terraza.

Mirándote a los ojos juraría...

Y no puedo evitar recordarlo a él, al haitiano de camisa colorada, sus manos sobre la mesa aquel día, el gesto que me hizo para que me quedara. Entretanto la guía nos invita a recorrer el segundo piso del edificio de corte italiano. Los integrantes del grupo suben uno a uno la escala, desde abajo veo sus cuerpos en línea. Soy la última, llega mi turno para subir y se viene abajo mi interés, ya no quiero conocer esta casa vieja, ni tampoco seguir al lado de esta gente. Doy media vuelta y me alejo, dirigiéndome hacia la pérgola de la plaza, al que fuera mi primer centro de operaciones. Camino con nuevas

ínfulas, como si me hubiese quitado un grueso chaquetón. Nada me ata a nada. Constatar esta certeza me hace mover mis brazos como si volara. Me siento plena, contenta.

El viento frío arranca las últimas hojas de los árboles. Me cruzo con peatones que vienen arropados mientras yo voy tan comfortable con mi chaleco grueso.

Mirándote a los ojos juraría...

Tomo asiento en la banca, estiro mis piernas, respiro melancólica. Un perro viene a oler mis zapatos, levanta su hocico, me mira esperando una caricia, mueve la cola, abre su boca y le canto: *quizá para mañana sea tarde...*

El perro se aleja al escuchar un silbido, lo sigo con la mirada y desde el fondo del sendero, veo venir una pareja. Caminan lentamente con despreocupación, sus cuerpos se acercan guardando una misma cadencia de movimientos. Ambos vienen vestidos de color negro, aunque en el cuello de él asoma algo de color rojo, única mancha colorida dentro de la oscura tonalidad. Empiezo a ver sus rostros. El de ella me es familiar, tal vez sea la jovencita que barre esta plaza me estoy diciendo cuando vuelvo mi mirada hacia el rostro del joven y lo reconozco. Es él. El haitiano de camisa colorada. Caminan uno junto al otro, sin rozarse, sin hablarse, fríos y distantes pasan delante mío y no me advierten. Van en su mundo, los ojos mirando al frente. Quiero correr, abrazar la espalda de él. Reclamarle... ¿qué? Me pongo de pie, hace mucho frío.

EN LA CASA DEL MUÑECO

Con la llegada del invierno me han venido una seguidilla de resfríos, le comenté a mi amiga del kiosco

-Yo tengo la solución... ¿tienes dónde anotar?-

En eso estoy ahora, aquí en Quilpué, en la calle Blanco Encalada, junto a la reja de este sitio largo y angosto que termina en una casa vieja. A mi derecha, y bajo un techo ruinoso se han colgado muñecas y muñecos que lucen desteñidos y sucios por la intemperie. Uno de ellos tiene un rostro alegre; es un negro que viste una camisa de color rojo de puños y cuello a cuadros igual que su pantalón. Me interno sorteando ramas desordenadas para no incrustarme con ellas en los ojos. Un grupo de gallinas cacarea y picotea la tierra, dos perros chicos y gritones corren hacia mí y detrás de ellos una mujer corpulenta, aunque ágil, vestida de blanco y a pie pelado (estamos en medio del invierno) asoma a ver quién llega.

-¡Adelante!- levanta un poco la cabeza para saludarme en tanto con sus grandes manos corta algunas ramas, coge una silla, la eleva en el aire y apoya su respaldo en un troco.

-Pasaremos al fondo -señala el vano de una puerta al final de otra pieza, desde donde viene un joven con el que conversa a cerca de una música que buscan o tocan juntos, no alcanzo a entender, él sigue hacia la puerta de reja y nosotras entramos a la casa.

-Espérame acá un rato.

Me siento en un sillón desvencijado cubierto con un chal viejo. Está tan oscuro que me demoro en reconocer los objetos. En una mesa hay un tocadiscos y más allá una radio de los años cincuenta, de esas con mueble de patas delgadas y abiertas. Los muros están tapizados de libros que imagino polvorientos y apolillados. Levanto la vista y ante mis ojos aparecen otros muñecos, esta vez colgados de las vigas del techo.

La misma mujer vuelve a los diez minutos y me sorprende leyendo el lomo de uno de sus libros.

-Mi marido era periodista, eran sus libros –dice con seriedad y señala una puerta- Ese es el baño. La primera sesión dura 90 minutos –me advierte.

Al salir del baño vislumbro la cocina: las ollas sujetas por ganchos también cuelgan del techo. ¿Con qué las cogerá desde esa altura?

Entro a una habitación larga de dos niveles, con una salamandra encendida. Tengo la sensación que los muros son de cartón y que con el más leve roce se vendrán abajo.

-Puedes recostarte sobre esta alfombra. Voy por las piedras - miro las planchas del cielo a punto de caerse.

-¿Piedras? -repito- Nadie me había hablado de piedras. ¿Se habrá confundido?

-Sí -me contesta cortante –piedras.

Me siento de piernas cruzadas sobre la alfombra. Estoy entregada a lo que venga me digo con tal que los resfríos y otros detalles corporales pasen. Observo que todo a mi alrededor está gastado, viejo. Sobre mi cabeza la placa suelta de volcánita del cielo deja ver un trozo de entretecho. Huelo las frazadas apiladas a mi lado: olor a limpio. ¿Es ella quien prende música o hay alguien más en la casa?

Ra ma da sa...sa se so...ang... Ra ma da sa

Como si trajese un cojín de plumas, regresa equilibrando una olla de fierro cargada de piedras. La deja en el suelo con toda suavidad y se sienta de piernas cruzadas a mi lado.

-Las he recogido en la cordillera. Te las pondré después del masaje, como un regalo para darte energía -comenta sin aspavientos y llena la olla de un líquido hirviente que huele a hojas de eucaliptus.

-Las yerbas que uso son una mezcla... -se acomoda flexionando su espalda hacia delante- ¿tienes dolor en alguna parte específica de tu cuerpo...espalda, cuello, extremidades...?

-Me resfrío fácil últimamente- contesto.

Presiona sus manos en mis hombros. La salamandra bufa. Un escalofrío me recorre. ¿Me vendrá otra gripe?

-Debes sacarte la ropa, tápate con esto y ponte de guata. Estoy con mi espalda descubierta, una sábana alba me cubre desde la cintura hasta los pies que permanecen helados.

-Tengo frío en los pies- le digo. Ella me los toma, los fricciona con energía y me los cubre con una frazada.

-Otro día te hago reiki. Huelo el vapor proveniente de la olla, me viene una sensación de placidez. No podría estar mejor, suspiro. Sus manos se posan ahora sobre mi cabeza. Oprime y suelta sus dedos abiertos sobre mi caja craneana, su cuerpo se mueve junto con sus dedos, escucho su respiración, sus movimientos siguen el ritmo del aire entrando y saliendo de su nariz. Sus manos pasan detrás de mis orejas, las toman y baja con sus dedos hasta mi cuello. Masajea.

Sus manos son una maravilla de fuerza y exactitud. De pronto siento una opresión demasiado fuerte que se relaja inmediatamente. Sus dedos llegan a mis hombros, recorren mi espalda. Los glúteos. Qué vergüenza estar de cachetes al aire, pero es tanta la placidez de mi cuerpo que me olvido. Ahora las emprende con mis piernas. ¿Cómo evitar las cosquillas cuando llega al anverso de mis rodillas? Me da golpes suaves en las pantorrillas, abraza mis pies.

-Gírate ahora.

Aplica sus dedos a mi frente, el ceño, las cejas. Estira y recoge mis mejillas, la nariz, mis labios, el mentón. ¿Servirá esto para las líneas de la cara que se empiezan a marcar? Desciende a mi cuello. Respira agitada, percibo su esfuerzo al ir oprimiendo y soltando, sus brazos y manos tienen una fuerza extraordinaria. Podrían hacerme añicos. Respiramos al unísono, me dejo aplastar, estirar, levantar, juega con mis brazos, se apoya en mi cintura, masajea mis muslos arriba y abajo. A medida que va descendiendo me deja paños calientes que mantienen el calor de mi cuerpo. Llega a mis pies otra vez y nuevos movimientos los agitan, el talón, cada dedo.

Descanso tapada hasta la nariz. Siento que mi cuerpo desciende y se hace cada vez más ligero. Ni el techo cayéndose ni la ruina general me importan, sólo la sensación de mi cuerpo. La primera piedra irradia calor sobre mi nuca. Es un calor suave. Ahora sus manos vienen a mi frente, la estiran y la sueltan, dan unos golpes y me deja puesta una piedra entre las cejas.

-Si las sientes muy calientes me avisas.

Estoy llena de piedras, una en cada chacra como dice ella. Aunque también agrega otras, sobre mis nudos. Nudos que ha descubierto en mi cuerpo y que deberá ir desatando en las próximas sesiones, me advierte.

-Ahora, descansa. Dejaremos que las piedras actúen por cuarenta minutos, ya vuelvo.

Escucho el crujir de la puerta por donde entré a la pieza. La voz del joven que iba saliendo cuando llegué se vuelve a oír. ¿Quién es él, qué papel juega en esta casa, es masajista también o yogi? Empiezan una conversación animada. Ella reclama algo. Él contra ataque. Al parecer la puerta ha quedado abierta, la cierran de un golpe y el murmullo de sus

voces se oye atenuado.

Ra ma da sa...sa se so...ang...ra ma da sa

Antes de cerrar la puerta de reja que da a la calle, toco el muñeco de rostro negro y camisa roja que había visto al llegar. El cordel que lo sujeta cede y se desprende.

Le sacudo con suavidad el polvo, para mi sorpresa no se desintegra, lo dejo con mucho cuidado en el fondo de mi bolso y salgo.

EN MI CAMA

Con un trozo de chocolate en la boca, retozo en mi cama del domo de cielo transparente. Desde aquí miro mi muñeco sentado en la viga contra el cielo estrellado. A veces su sonrisa me provoca escalofríos; otras, alegría. Hoy la luna ilumina su camisa de color rojo. En el respaldo de la cama puedo accionar una cortina que cubriría el cielo. Un invento de la Ñandú. Esto de poner nombres a la gente es el juego que hemos mantenido con mis hijos desde siempre y por el que mi marido se enojaba. -¡Qué crueldad! –nos decía furioso pero nosotros con ganas de reírnos, sobre todo yo y mi hija, decíamos: ‘qué más da’. El trozo de chocolate desapareció de mi paladar junto con el goce de ir estrujando su sabor. Tenía un dejo a naranja, una delicia. En este domo todo es de lujo, muy distinto al altillo. El colchón nuevo y grueso, las sábanas con número de hilos, un plumón de plumas de verdad. Muebles de madera clara contruidos en obra, cada espacio pensado al milímetro. En treinta metros cuadrados no me falta nada, imposible no ser ordenado con todos los cajones y lugares donde guardar que la Ñandú me fue mostrando el primer día.

-Esta cubierta la despliegas y te sirve de velador. Te aconsejo que en el día pliegues la cama, así cuentas con todo el espacio, mira es muy sencillo...

A un costado, junto a la encimera y el refrigerador diminuto, está la calefacción que despide el calor justo para adormecerme confortablemente. Me gusta este domo, estoy cómoda y contenta impregnándome de esta sensación de un confort refinado y para acompañarlo me introduzco otro chocolate en la boca con mis orejas atentas a los sonidos de este lugar. Las otras cinco cabañas estás desocupadas y la Ñandú aún no llega así es que la noche será silenciosa. Doble chocolate hoy, mañana caminaré más y no pienso ir a buscar mi bicicleta. Se me fueron las ganas de andar en bici. A veces recuerdo las posibles reparaciones que me llevarían a 'él', el haitiano, pero ya no me veo montada en ella. En cambio, he tomado la costumbre de caminar desde este Limache viejo al nuevo. Pruebo distintas rutas. La plaza de este sector no tiene la pérgola, ni la vida, ni el movimiento de la otra, pero aun así estoy bien a este lado.

-¿Puedo?- escucho unos golpes suaves. ¿Otra vez la Ñandú quiere desahogarse conmigo? Acabo de escuchar el sonido del auto que la vino a dejar y ahora debe estar detrás de mi puerta. ¿Por qué no se irá a su casa? La oigo moverse inquieta y alejarse. Me supuso dormida. ¡Qué suerte!

La última vez estuvo conmigo hasta pasada la media noche y si no es por mis bostezos... No duerme esta mujer, trabaja de día y de noche se lamenta: que la fundación tal y cual no tiene financiamiento, que no le contestaron el llamado, que la editorial se demora con el trabajo, que la prensa no entiende. Que voy a dejar todo esto el próximo año sin falta. Que en realidad le vino una idea genial pero...

El primer viernes que pasé acá llegó especialmente animosa y

al verme en pie, me invitó a bailar. Dócil me dejé llevar por su entusiasmo. Me gusta bailar. Fuimos a la Piedra Feliz en Valparaíso donde se estaba presentando un grupo cubano. Ya había bastante gente cuando llegamos. Nos fuimos a la barra y con un pisco sour en el cuerpo nos pusimos a bailar mientras ella continuaba a gritos con su cháchara:

-El lunes parto a la Enap, tengo un conocido...creo poder convencerlo de una donación importante

-No descansas ni al bailar -le respondí para ver si se callaba. Sólo después del segundo pisco sour logró echar a un lado su trabajo.

¡Cómo gozamos moviéndonos al son de la banda cubana! Nos reíamos a carcajadas, inventamos giros, pasos, animamos al resto con una ronda: ella conducía la fila, saltos a un lado, saltos al otro. Llegamos a pedir el tercer pisco sour a la barra y continuamos en la fiesta hasta que salimos arrastrándonos hacia el auto donde nos esperaba Alfonso, su chofer.

Al sábado siguiente desperté a las diez con el golpeteo de los suecos en la gravilla. Supuse que ella estaría allí afuera con toda su energía podando alguna enredadera o acarreando algo a otro lugar. Me asomé y efectivamente. Iba con un atado de leña en brazos. Cerré la cortina antes de que me viera, me vine a la cama y dormí hasta la una.

Esta noche que ya no la oigo, acciono la cortina para cubrir el cielo, me acomodo en mi almohada, mis piernas rozan la suavidad de las sábanas, estiro mis brazos ¿me comeré el último chocolate antes de dormirme? Qué más da, por qué no.

CAMINO A LA OFICINA

Antes de salir la Ñandú me cuenta que tiene la intención de escribir su biografía.

-¿No crees que soy como para eso? –me tantea con cara seria.

-Sí, eres una mujer interesante –repito lo escuchado, sin saber para dónde va su comentario.

-Estoy segura que tú como periodista lo harás mejor que yo – continúa con el tono serio persuasivo. Enmudezco.

-Podríamos destinar un par de horas...yo –la imagino tocando mi puerta a diario...

-Mmm...- le contesto y no contenta con mi evasiva sigue insistiendo.

-Estaba por salir... -agrego, agarro mi bolso y me voy.

Camino tranquila hasta el estero Pelumpen, sigo el sendero de tierra que va paralelo a su orilla y voy diciéndome que la Ñandú es como una extraterrestre en este pueblo y en mi vida también. Ya empieza a fastidiarme su cercanía. Nada la asemeja a mis calmos y devotos entrevistados limachinos, algunos de los cuales todavía llaman a las lluvias que no vienen, como ese grupo que subió el cerro Tres Puntas en Quebrada Escobares y pasó la noche haciendo sonar sus tambores.

He tomado la ruta del estero. Atravieso lo que debería ser un curso rebosante de agua. Ahora no es más que una mancha de arena seca. Me acerco al pueblo nuevo como quien dice por su espalda y mi hijo me llama para contarme que ganó el concurso de cuentos en la universidad.

-Postularon treientos cuentos –me dice con orgullo.

-Ahora me podrás decir quién mató a quien en tu historia...

-Ni mi papá ni la harpía.

-¿El detective entonces?

- ¡No! -me contesta y se ríe con malicia. Largo una carcajada.

-Me pusiste más energía de la que tengo- le contesto entre risas –¿y... a quién asesiné a él o a ella? –le pregunto en el momento en que diviso a la mujer de las gallinas.

-Te llamo luego –corto.

Otra vez ella con su turbante azul asoma desde los matorrales.

-¡Hola!- le grito con entusiasmo- ¿Has visto a tu amiga consteladora?

-¡No! me aburrí con sus muñecos –

-¿Sabes dónde la puedo ubicar?

-Condell 67. Pero no te dan ninguna cosa allá –me advierte.

-Estás bien abrigada con esa chaqueta de polar- le digo al acercarme.

-No más que tú con esa parka- me dice y mira hacia los matorrales.

-¿Buscas tus gallinas?

- ¡No! busco al ladrón –me contesta y vuelve a internarse entre las ramas. Sigo mi caminata pausada, la mañana está verdaderamente fría, siento el aire helado en la punta de mi nariz y no me gusta. Un escalofrío recorre mi espalda ¿otro resfrío en camino? Dejé de gustarme el frío. Ahora me dan ganas de correr a guarecerme junto a una estufa, pero voy

camino a la oficina. Tomo calle Riquelme, paso junto a la pequeña compuerta y echo una mirada a las basuras que se han sumado en la esclusa, también hay un montón de tarros, envases de galletas y botellas plásticas ¿esperando el paso del camión basurero? De pronto escucho que alguien me llama. Es la rubia de las caminatas: Rapunsel. Viene saliendo de una casa y me hace señas para que la espere.

-Qué te pasó el otro día...te fuiste antes! – me dice con su tono cariñoso.

-¡Sí!

-¿Por qué nos dejaste?

-Me dieron ganas de seguir la caminata sola – respondo la verdad.

- Entiendo, qué alivio, pensé que algo te había molestado...

-¡No! , todo bien.

-Entonces te esperamos otro domingo- me dice sonriendo con su tono infantil.

-¡Claro! –le contesto animada, caminamos juntas un par de cuadras y nos separamos frente al banco.

Sigo a mi oficina, huelo el café de La Candela, me prometo volver más tarde, un par de pasos y llego a mi destino.

-Hoy no hay reunión, linda- me cuchichea la secretaria –parece que ya no habrá más... -me cierra un ojo- de esas juntas. Te dejo a cargo, entonces, linda.

La veo salir montada sobre sus tacos aguja. Deja una estela de perfume, estoy sentándome cuando regresa:

-Si viene esa mujer...la que venía a las reuniones, la de los tacos de colores, no la dejes pasar – me dice categórica.

Por lo que veo, ha llegado a su fin la historia de mi jefe y la Tacos amarillos. ¿Y a ésta, (estoy pensando en la secretaria) le gustará el jefe, lo querrá para ella? Abro mi computador, empiezo el juego de mis dedos, alargo, acorto, elimino, invento frases en la historia de los tomateros. La crónica se llamará 'Yo no soy esa'. Es la vieja canción de Mari Trini que escuchaba la tomatera mientras me hacía ver sus cultivos en Los Laureles. Luego apareció el marido a decirme que los habían ido a entrevistar de la tele. Ella levantó la vista hacia mis ojos y luego hacia el rostro de él y lo dejó explayarse.

-¡Ya somos famosos! – me dijo triunfante y agregó –aunque todo gracias a... -la miró con orgullo- ella hace todo aquí, a mí no me deja entrar. Yo sólo reparto con la máquina- agregó mostrándome el camión.

-Me vine antes, linda –me interrumpe la secretaria entrando muy agitada- te libero, mi amor. Él me avisó que me necesitaba –sonríe coqueta- está por llegar. Repasa el rouge de sus labios. Tomo mi computador y me despido.

EN LA PANADERIA

Es domingo, he venido a probar las empanadas de esta panadería antigua ubicada al final de calle República y al entrar se me ocurre que podría escribir una crónica a cerca de la familia fundadora del establecimiento. Hablo con la cajera para concertar una entrevista con la dueña. Le explico que soy cronista local y que me gustaría hacer un reporte de la panadería.

-¡Claro! -me contesta- sería bueno, pero sabe, aquí la dueña no da entrevistas. Ya han venido otras veces y ella hasta se

enoja cuando uno le anuncia la visita.

-Olvídelo, no tiene importancia. Hay muchos otros lugares en Limache -respondo y me dirijo al mesón.

La variedad de empanadas que aparece en la lista me tiene un par de minutos indecisa. Descarto las de carne, pollo o mariscos. Se me hace agua la boca.

-Dos de queso, albaca y tomate.

-Dos napolitanas -grita hacia adentro la dependienta- ¿para llevar o servir?

-Una para servir y la otra para llevar.

Me siento afuera en lo que podría ser una agradable terraza, sin embargo encuentro un tablón demasiado alto que rodea el perímetro del espacio y unas sillas plásticas pegoteadas. Vuelvo a entrar y me paseo mirando la vitrina de pasteles, hay colegiales, queques, galletas. Pido un colegial y lo agrego a mi pedido. Tengo mucha hambre, me duele la guata de hambre mientras empiezan a llegar otros clientes y se forma una fila junto a la caja. Cada uno con un papelito o vale en la mano hasta que pagan y esperan como yo. Una de las jóvenes llama desde el mesón:

-¡Dos napolitanas! Masco inmediatamente la empanada que viene caliente y salgo afuera con ella, estoy sentándome cuando suena mi celular.

-Mamita, ¿dónde estás?

-Mm...en una panadería, comiéndome una empanada.

-¿Te fuiste de donde estabas?

-¿De dónde?

-No sé no nos has dicho, pero el papá fue a verte y no te encontró. Estaba tan triste que no me dijo dónde era...la señora que lo atendió tampoco supo decirle a dónde te habías ido a vivir...¡ah! y se trajo tu bicicleta.

-¿Mi bicicleta...? Pero ¿por qué? -pregunto sin poder disimular mi rabia.

-A la señora le molestaba... ¿qué te pasa?

-¿Por qué? -me repongo- Mira, hija, son mis cosas. Le he explicado a tu papá...

-Ese es el problema, mamita, no le has explicado nada al papá.

-¿Qué?

-Necesita que le digas por qué te fuiste. Quiere oír algo distinto a lo que le has dicho, eso de que 'ya no es lo mismo' no le basta. Es razonable...después de veinte años querer saber... o intentar revertir la situación contigo ¿no crees mamita?

-Es razonable sí, aunque no estoy obligada a darle explicaciones.

Nos quedamos un buen rato en silencio. Me siento triste. Sólo quiero que me deje hacer mi vida. No tengo nada contra él. Es una buena persona, pero no es mi marido, no lo siento como tal, ¿es tan difícil entender eso? Me atraganto con la empanada. La dejo sobre el tablón junto con el celular. Pasa una camioneta levantando polvo suelto de la calzada. Se estaciona una van y se baja una familia con tres niños. Los padres entran a la panadería. La mamá me pide que por favor eche un vistazo a sus hijos un segundo. Se niegan a separarse

de mi lado.

-¿Mamá? -escucho en el celular, la niña más pequeña, de unos cuatro años, lo coge del tablón y se arranca con él en la mano. Sus dos hermanos mayores la persiguen. Asoma la madre de los niños desde la panadería.

-¿Qué pasa aquí? La miro desesperada. Mi celular ha ido a parar a la tierra, un niño lo pisa.

UNA CERVEZA A MEDIO DIA

Vengo de retirar mi celular. Estuve una semana sin él por el cambio de pantalla.

“Tiene que cargarlo” me dice la encargada al pasármelo. Me dirijo a La Candela en medio de otro día de calor en pleno invierno. A esta hora el local está lleno de gente, en los parlantes se escucha jazz. Desde la barra el mozo me saluda con un gesto amistoso, me siento en el sofá junto a la puerta. Enchufo mi celular. Estoy entretenida hojeando un apartado de un diario acerca de la realeza británica y el mozo se acerca con mi shop. -

“Le gustaría un picoteo también...”

“¿Qué tienes para ofrecerme?” -pregunto olvidando mi rutina de un café por almuerzo.

“Están saliendo unos capachitos muy buenos.”

“Mm...capachitos, hace años que no los pruebo, tráeme una porción”

Se abre la puerta y veo entrar a la Consteladora que busco, la que trabaja con muñecos. Viene vestida de flores en tonos lila y amarillo esta vez. ¡Qué lindura su combinación! le hago

señas y se sienta a mi lado.

“Meses que no nos topábamos...”-me dice.

“Pero he estado en contacto con tu conocida de las gallinas. La última vez me aclaró que estaba aburrida de tus muñecos” -nos largamos a reír, llegan mis capachitos, ella se tiente y pide lo mismo con una cerveza.

“¿Y, cómo van esas crónicas?”

“Bien, muy bien. Me están ofreciendo trabajo en otro diario de otra ciudad”

Nos despachamos el entremés en un instante. Los capachitos estaban rellenos de choclo tierno, queso de cabra y pimentón...

“Quería ubicarte...necesito hablar con tus muñecos” -la tanteo.

“¡Cuando quieras los vienes a ver!” –me pasa una tarjeta con su teléfono y me dice que debe ir a la semillería.

“¿Me acompañas?”

La miro indecisa, tengo otro plan desde hace un rato le digo y nos despedimos. Pido una segunda cerveza. Ahora canta Nina Simone: *My baby just care for me* Las notas del piano retumban en mi cabeza, el ritmo se me introduce en el cuerpo. Quiero bailar, muevo mis pies al compás, mi cintura. Qué maravilloso es sentir mi cuerpo despierto, necesito moverme. Camino por Riquelme con la canción aún en mis oídos, estoy dichosa y quiero abrazarlo a él, al haitiano que me ronda desde hace días o noches más bien. ¿Por qué no ir a verlo ahora mismo, si está tan cerca...a unas cuadras? ¡Cómo no lo hice antes!

“Olvidé un... de mi bicicleta...adentro ¿puedo pasar?” - pregunto al dueño del taller. Levanta los hombros y me interno por el pasillo oscuro. Mi ropa se enreda otra vez en los pedales de las bicicletas apiladas. Mi corazón late acelerado. Forcejeo a oscuras. La tela cede, tiro. No me importa, quiero llegar a sus brazos. Escucho un tango en los parlantes. Aborrezco los tangos, nunca aprendí a bailarlos. Una cadena tirada en el suelo me hace tropezar, la empujo a un lado con el pie y me asomo al taller. Han contratado a otra persona. Se ve que tienen mucho trabajo. Salgo a un pequeño patio lleno de basura y piezas de bicicletas tiradas, regreso. El nuevo empleado no se ha dado cuenta de mi presencia, sólo al oírme preguntar por el joven haitiano que trabaja allí (digo) se da la vuelta.

“Se fue, ya no trabaja acá”.

“¿Se fue? -le pregunto aturdida- ¿sabe usted a dónde?”- Me mira de arriba abajo en silencio y me da la espalda. Salgo desesperada, me tropiezo en el pasillo otra vez, ahora con una cámara tirada en el suelo, avanzo enganchándome por todos lados hasta que finalmente salgo a la luz. El chisporroteo de los parlantes me aturde, al parecer la radio se echó a perder. Una vez en la calle recuerdo a la barrendera. Ella debe saber del paradero del haitiano. Ni se rozaban al caminar aquella vez que los vi venir por el sendero uno al lado del otro, la mirada fija adelante, recuerdo y continuo caminando en dirección a la plaza. El calor ha pasado, hay una ventisca helada en este momento. Corro por el mismo sendero y llego a la pérgola donde solía ver a la barrendera ordenando los basureros.

“¿Busca a alguien?- me pregunta una mujer mayor. -Sí, busco a la jovencita que trabaja acá, debe ser haitiana o... ”

“¡Ah! sí claro, mire que pena, ella dejó este trabajo...¿y para qué la buscaba, a lo mejor yo la puedo ayudar?”

“Es que ella era amiga o conocida más bien...-titubeo- de...un haitiano...”

“Mire, son tantos ellos, van y vienen por acá”

“Sí... ¿usted no ha...?” Me doy cuenta de lo absurdo de la situación. Me echo atrás. Estoy entumida. Me siento tan poca cosa que me pongo a llorar. La mujer se acerca y me consuela. “Pero... ¡qué pena tan grande tiene...!” Me dejo abrazar y lloro un buen rato en silencio, con ella a mi lado.

EN TRANSITO

Desde que mi hija me contó que su papá había ido al altillo, llevándose mi bicicleta, busco otro pueblo donde ir a vivir. La Ñandú insiste en que haga de biógrafa suya, algo que no me interesa, más bien algo que detestaría hacer. Esta vez he tomado la micro para regresar desde la oficina al pueblo viejo, al domo. Me aburrió caminar. Voy sentada junto a la ventana, cruzamos el puente, el estero no trae agua, pasa un auto a mucha velocidad por un camino que corre paralelo al estero y deja una estela de polvo. Han cortado los álamos que cubrían la vista de la cancha de fútbol, la micro se detiene en el paradero del hospital. Observo los vestidos de tela de jean que cuelgan afuera de un puesto de ventas, bajaría a probarme uno, pero se enciende la luz de llamada de mi celular.

-¿Has ido a ver al abuelo?- pregunta mi hijo de sopetón como acostumbra.

-Hace unos meses que fui...¿por qué?-

-Para que vayas y le cuentes de mi premio- me dice.

- ¿Quieres que vaya a ...contarle?- pregunto sorprendida.
- ¡Sí! me gustaría que supiera...
- Entiendo, lo metiste en la historia del cuento de cómplice mío -largo una carcajada.
- Todo lo echas a la chacota. Hay cosas serias también, aunque tú no las quieres ver.
- ¿Cómo... qué es lo que yo no quiero ver?
- Muchas situaciones...pasas por encima, te mantienes indiferente y te debiera importar –me larga con molestia. Está de mal humor, me excuso con la terapia de imanes a la que llegaré en unos minutos.

Tras la ventana este pueblo me parece triste y apagado. Esta vez ningún imán va a dar al suelo. Al parecer mi oreja se ha reprimido o se ha liberado. Quién sabe.

- Está mejor- me dice la mujer cuando vuelve a sacármelos y yo me siento exactamente igual que el primer día que vine.

-Hay algo que necesita reforzarse desde otra energía -me insiste muy seria- Es importante -enfatisa escueta y parca, como es.

-No he ido a los muñecos sólo de floja porque ya ubiqué a una consteladora- le contesto. Me mira con una mueca que no alcanza a sonrisa. Es verdad, de floja, me digo saliendo a la calle... ¡a caminar! Día a día estoy más harta de hacerlo. Las calles de este Limache viejo no son las del otro pueblo, excepto tal vez por calle República y la plaza Independencia, a donde dirijo mis pasos.

Al llegar a República me detiene el olor a pan recién horneado.

Entro a La Chacra, una amasandería artesanal que visito a veces. Pido sólo un café para llevar: no almuerzo estos días. Aguanto el hambre hasta pasadas las seis. Es una tortura que me impongo para que mi ropa me vuelva a entrar. Ahora son seis los kilos que me sobran. Converso un rato con el dueño y agrego una bolsa de arpillera con el logo de la panadería. Salgo animada con mi nueva compra.

Voy frente al Centro Penitenciario al que rodea un muro pintado de color amarillo. Veo su portón blanco abierto, hay un camión aljibe afuera estacionado entre el portón y la vereda. ¿Por qué ese portón abierto? No hay ningún guardia en la caseta de vigilancia, tampoco está el chofer del camión. Un joven vestido con una chaqueta blanca (¿será un preso?) asoma su cabeza a la calle, mira a ambos lados y sale disparado corriendo hacia Palmira Romano. Nadie nota al joven de chaqueta blanca que desaparece en una boca calle. ¿Es la conversación con mi hijo la que me ha dejado con la imaginación a flor de piel? Recuerdo que hace unos años un preso al que le faltaba cumplir un mes de condena se fugó. ¿Estará volviendo a ocurrir lo mismo delante de mis ojos? No es asunto mío, concluyo y continuo mi caminar desganado hasta la plaza.

Me siento frente a la fuente a ver pasar a los peatones como yo. De pronto recuerdo que me ha llegado una nueva oferta de trabajo en el pueblo de Los Andes. Abro mi computador y contesto el email para tantear qué me ofrecen. Viene un viejo a sentarse a mi lado en actitud de conversar, cierro el computador y prefiero irme. Son las cuatro de otro día caluroso en pleno invierno. Echo un vistazo alrededor, la vidriería está cerrada, la farmacia de la esquina también, la ferretería no me tienta. Me encamino hacia el supermercado. No tengo nada que comprar, pero me da curiosidad ver si hay nuevos productos, nuevas marcas.

Al asomarme, comprendo mi error, difícilmente encontraré ahí

algo nuevo en este supermercado. Tomo un carro con poco entusiasmo y me interno a la izquierda por los pasillos de utensilios de cocina. Nada interesante como suponía hasta que descubro un alegre mantel cuadriculado en colores verde y rojo. Lo tomo en mis manos: buena textura, buena caída, es de una tela firme. No lo necesito pero me gusta. Busco la medida adecuada a la mesa del domo y no hay caso, están todas las medidas menos la que me sirve. Voy con el mantel en la mano donde la dependienta que ordena productos.

-Buenas tardes, ¿no tendrá uno de la medida...?

-Si no encontré ahí, no hay- me contesta sin mirarme. Me pongo furiosa.

-Claro que no encontré 'ahí', por eso le vengo a preguntar. Ahora me mira de arriba abajo y sale disparada caminando sin decirme una palabra. La sigo.

- ¡Señorita! ¿Tiene la amabilidad de decirme si la espero? -
¡Señora! –me aclara alejándose apurada mientras yo me dirijo a las cajas a buscar a la jefa. Mi corazón late desbocado, estoy fuera de mí. ¡Pero qué se ha creído esa...! Diviso a la encargada accionando su llave en una de las cajas y me detengo. Miro el mantel colgando de mi mano. Qué absurdo, me largo a reír y veo venir a la dependienta.

-Creí que se había ido –me dice con toda calma- encontré la medida que usted buscaba.

EN LA MICRO

Estoy en el paradero, son las cuatro de la tarde de un día frío, veo venir la micro y la detengo.

-¿A dónde va? –me pregunta el chofer acelerando.

-Voy...cóbreme el recorrido completo mejor –contesto y advierto con desagrado que soy la única pasajera. Mientras él enciende la radio, acelera, corrige la posición del espejo retrovisor, veo que me mira a hurtadillas.

-¿Ida y vuelta?

-Sí –contesto desde mi asiento a un costado suyo. Él gira la cabeza hacia mí:

-¿Le gusta la música? -levanto los hombros- las noticias entonces... –como ve que no le respondo, sintoniza un programa de entrevistas intercalado de rancheras. Olvidé mis audífonos y estoy obligada a oír hasta que mi celular se enciende y empieza a vibrar.

-¡Mamá...estoy tan enamorada! Esto es maravilloso. No creí que me vendría así tan fuerte.

-No...ah –me tapo una oreja por las rancheras.

-Pasamos todo el día juntos. Hablamos hasta por los codos...

-¿De verdad hablan, o hablas?-

-Los dos igual. Es que somos del mismo signo...además -me dice entusiasmada.

-No me digas...

-Sí, mamita, dos géminis...¡idénticos!

-Sí...¡ah! –la micro se detiene y sube una pareja con un niño.

-Mira la casualidad...

-Bien grande... - la sigo.

-Como te decía estoy tan pero tan enamorada...-suspira a todo pulmón- tú te acuerdas lo que te pasaba con el papá...supongo -risas- ¿o tienes algún amante escondido por ahí que te refresca la memoria? -más risas- Con mi hermano hemos comentado que tal vez... y ¡por eso entonces...!

-Por eso entonces ¿qué? -le pregunto atontada entre los vaivenes de la micro y su conversación.

-Dejaste al papá. Guardo silencio. Levanto la vista, nos volvemos a detener, una anciana sube con mucha dificultad a la pisadera. El chofer se pone de pie, la ayuda y me pide que le deje espacio a la 'viejita'. Entretanto, mi hija arremete otra vez:

-A propósito, ¿te importaría que se vendiera esta casa...que dejaste? -escucho mientras me desplazo por el pasillo-suspira.

-Me da igual, por qué -contesto yéndome hacia uno de los asientos del fondo.

- Porque el papá la quiere vender y tendrás que venir a firmar-contesta riéndose.

-No lo encuentro cómico –alcanzo a decirle en el momento en que el chofer acelera el motor, salimos disparados y yo caigo sentada sobre un señor que lleva un ramo de flores.

-Hay mamá...¡pobre papá! Te quiere ver... -escucho que me dice molesta

EN EL DOMO

Desde mi cama miro el cielo estrellado y pienso que me gustaría tener a alguien junto a mí, sólo esta noche, alguien que me fuera diciendo los nombres de las estrellas. Me

contento con paladear sola mi chocolate con pasas al ron. Una delicia que me dura poco, desgraciadamente, pues estaría así saboreando uno día y noche. Este domo de cielo transparente ha resultado un buen albergue, prescindiendo -claro- de la presencia de su dueña. Por ahí anda revoloteando, escucho sus pasos sobre la gravilla. Mantengo mi luz apagada para que no vaya a venir a conversarme. Le costó aceptar que me iba.

-Creí que éramos amigas- me lanzó con rostro ofendido cuando le expliqué que me trasladaba a otro periódico.

-Creí que teníamos planes juntas...-insistió.

-Siento defraudarte...pero el trabajo, tú sabes mejor que yo- le mentí a medias y me devolvió un gesto de recelo. Ahora levanto el cubre plumón y me tapo hasta el cuello, a pesar de la tibieza ambiente gracias al sistema de calefacción de cuyo ingenioso funcionamiento probablemente no alcanzaré a interiorizarme. Tampoco alcancé a ver terminada la reparación del techo de la casa donde vivía con mis hijos. Se había goteado por años, y el verano pasado mi marido dijo que haría un arreglo definitivo. Lo hizo y vino esta sequía. Me río. Qué más da. No volveré a esa casa. Era domingo, el día que me fui. Estábamos almorzando solos, sin nuestros hijos y ya luego empezaría el tira y afloja de la siesta compartida. Él no podía aceptar que ya no quería abrazarlo, ni menos besarlo. Habíamos mantenido una vida sexual normal, con sus ritos de placer como los de cualquier pareja que lleva veinte años durmiendo en la misma cama. A los siete años de matrimonio hubo por ahí un par de infidelidades de ambos, pero en familia: él con mi prima y yo con el marido de ella; a los catorce otra vez, aquella salió de la esfera familiar, aunque ocurrió con un par de conocidos de ambos, nada de esto pasó a mayores ni dio pie a discusiones. Como si no hubieran ocurrido los episodios de infidelidad mutua, nunca se habló de ellos. Incluso

dudo que mi marido se enterara de mi par de aventuras. Cuando lo conversé con la filósofa, ella me explicó algo referente a los acontecimientos importantes cada siete años, bastaron sus palabras para enterrar cualquier inquietud y decirme: qué más da.

Después de verlo bailar con la ahora llamada harpía y sentir esa indiferencia feroz por la persona de mi marido, empecé la dura tarea (por lo duro de entenderas que resultó él): explicarle una y mil veces que mis sentimientos hacia él habían cambiado absolutamente, que ya no lo veía como 'mi marido'.

-Esto no es un matrimonio entonces- había dicho varias veces amenazante al inicio de mis negativas a seguir con el juego que nos llevaba a la cama. Aquel domingo de mi partida recuerdo que habíamos comprado empanadas, unas de masa de hoja que yo quise probar. La masa tenía la cantidad exacta de grasa y el pino de humedad. Nos gustaron mucho. Estábamos en el postre, y sus insinuaciones de toqueteos de pies bajo la mesa me helaron. De pronto me puse de pie y le dije que me iba.

-¿Vas a la cocina...?- me preguntó.

-No, me voy de esta casa. Te dejo- dije, sin haberlo preparado antes. Simplemente no quería seguir con la explicación. Tiró lejos el plato y se puso también de pie.

-¿Me...dejas, te vas...?- preguntó furioso con voz temblando. Creo que había reconocido mi manera de hablar cuando tomo una opción que nada ni nadie cambiará. De manera que en medio de frases del tipo 'no merezco esto', 'piensa en nuestra familia', 'después de veinte años juntos te vas así ...'. Me fui al dormitorio, abrí el closet: ahí estaban mis tenidas ordenadas por colores, hacía poco que había hecho el orden y renovación semestral que acostumbraba. Las miré como se observan días

que pasaron sin pena ni gloria, días inútiles en los cuales había estado despierta, había trabajado, comido, dormido. Cogí la maleta, eché lo indispensable, cinco tenidas, me calcé las botas para que no abultaran, como el auto era un regalo suyo, también lo dejo, me dije mirándolo estacionado, tiré las llaves y una vez en la calle llamé a mis hijos.

Ellos no le dieron importancia, pensaron que era el resultado predecible de una más de las disputas que habían empezado a presenciar entre sus papás. Ambos me respondieron lo mismo.

-Mamá, anda y descansa del papá unos días-

Deben haber sido ya las cuatro de aquella tarde. Llevaba unos veinte minutos arriba de un taxi sin saber a dónde detenerme y divisé una feria de artesanía. Por qué no me dije. Le pedí al chofer que se detuviera. Me puse a recorrer los puestos con toda calma, tocando texturas, preguntando detalles a los artesanos, probándome prendas que no compraría.

No tenía idea dónde dormiría esa noche, mi maleta no pesaba. Por minutos los años vividos con el papá de mis hijos se alejaban de mí haciéndose más y más insignificantes. Estaba perpleja frente a aquella sensación, después de la cual afloró una de profunda placidez, que de manera paulatina fue inundando mis sentidos...

Antes de acomodar mi cabeza en la almohada para dormirme, observo el muñeco negro de rostro alegre y camisa color rojo que cuelga de la viga. Suspiro. ¿Lo dejaré acá? No hay apuro, ya veré qué hago.

EN LOS CINCUENTA

Almorzaremos juntas con mi amiga del quiosco. Ella acaba de cumplir cincuenta años y la invito a celebrarlo. Vamos en

camino al restaurante 'No me olvides' que se encuentra en Quebrada Alvarado. Me pasa a buscar al domo, la Ñandú se asoma a ver quién viene por mí y se queda mirándonos cuando cierro el portón. Atravesamos raudas el puente Lo Chaparro en su pequeño auto y seguimos por avenida 18 de Septiembre. No paramos de hablar y de reírnos. Mientras ella conduce me mira, gesticula y larga carcajadas. Es de esas personas que manejan a tirones, supongo que habrá aprendido tarde a manejar. Por momentos el auto se le arranca a la berma y con un giro que nos remece lo vuelve al pavimento. Veo con horror que los discos 'Pare' no están ahí para que ella los respete. Sin embargo, llegamos sanas y salvas al restaurante.

-Creías que no llegaríamos- me dice cerrando su puerta. Al caminar hacia el restaurante observo sus botas de tacos altos, las calzas de color negro que aprietan sus piernas y una chaqueta que imita cuero de leopardo. El pañuelo de color amarillo de su cuello se le quiere volar cuando avanzamos entre una ventisca que viene del estero próximo y ella lo anuda con gracias en su pecho. Nos ubicamos junto a una ventana, en una de las mesas más chicas de mantel a cuadros rojos y blancos. Las ramas de uno de los helechos colgantes alcanzan su cabeza:

-Me van a despeinar la chasquilla –me dice acomodándosela y riendo.

-Mijita tengo que ir al baño –agrega apenas se ha sentado, echa atrás la silla y desaparece. Espero diez, quince minutos y no regresa. Es domingo. El local se va llenando de familias numerosas. Una de ellas viene con una pareja de ancianos maltrechos. Los traen en sillas de ruedas. Los arriman a la mesa, les acomodan una enorme servilleta en el cuello. Dos de los niños del grupo se entretienen al pasar por debajo de la mesa, mueven un poco las ruedas de las sillas de los abuelos,

quienes abren los ojos asustados. Diviso a mi amiga que viene tambaleándose montada en sus botas de tacos altos.

-Hubo un accidente de tráfico en el baño, mijita -la escucho decirme al oído y huelo su perfume. Su peinado luce perfectamente compuesto. Se sacó la chaqueta de leopardo y viste una polera negra cruzada en diagonal por una corrida de botones dorados. Pedimos un pisco sour peruano sin dudar. Repasamos la carta y nos miramos:

-Mm...no soy de perniles ni lomos. Hace tiempo que como pasto. Tú sabes -se toca los costados de la cintura.

Finalmente ordenamos una empanada de camarones y queso con una ensalada chilena. Además de un vino de la casa.

-No te imaginas lo que es. El mazazo se empieza a preparar a mediados de los cuarenta y nueve. Se te va la regla de a poco, te vienen aguaceros y cortes y con ellos se esfuma la química. Para qué decir cómo se cae el pelo, los pechos, los cachetes, todo para abajo. A ellos no quieres verlos ni en pintura. No sé si pasará lo mismo con un amante, pero lo que es con el marido -levanta las cejas.

-Es más que nada una sensación física, entonces...

-No mijita, no sólo física, de la otra también. Te toma cada parte. Te acaloras de arriba y te enfrías de abajo -larga una carcajada.

-Pero a ti no te falla el ánimo.

-Es que si lo dejo así no más como amanece... ¡en las mañanas no me levantaría!

- ¿Tanto?

-Tal cual. Una amiga no sale de la cama. Yo me digo todos los días que no voy a ser como ella. Eso me da fuerzas para bajar el primer pie a las siete.

-Y te ves tan activa y contenta en el quiosco atendiendo a toda esa gente.

-Es que es parte de mi trabajo, mijita, sonreírles, alegrarles la vida. Así vuelven para que los reconforte.

-Es verdad, a mí me pasó. Fuiste la primera en decirme que nos veríamos el próximo mes.

-¡Claro! Eso es lo bueno...dar y recibir. Mi mamá me decía: 'todo lo que se da se devuelve'. Lo mismo le enseñó a mi hija...pero ella es un poquito huraña, es una escorpión que pica fuerte.

- ¿Lees el horóscopo?

-Pero mijita, ¡claro! Los astros nos enseñan, por algo están ahí. Mira, mientras espero a los clientes, en las tardes especialmente, leo mucho. Y te puedo asegurar que la astrología es un arte milenario como la biblia...sólo que...

- ¿También eres católica?

-La verdad, dejé de tener fe cuando supe que los curas eran unos frescos: ¡puros Gatica!

- ¿Gatica?

-Predica pero no practica.

- ¡Ah!

- Ahí me pasé a la astrología, pero hay tantas verdades en que creer, que te ayudan, no sólo la astrología, también están las

doce piedras por ejemplo... -va a largarse a contarme de qué se trata y la interrumpo.

-La masajista de Quilpué usa piedras calientes como parte del tratamiento, ¿sabías?

-¡Claro! Por eso te mandé para allá. Ella es muy sabia, aunque a veces se pone un poco, como te diría...

- ¿Brusca?

-Sí, eso mismo. No da lugar a otra idea.

-Es lo que nos pasa a todos.

-A la de los imanes no. Ella es muy medida y seria. Pienso que el biomagnetismo que ella hace es de verdad. ¿Te dio buenos resultados a ti?

- Me quitó la molestia del codo, pero no me caso con ninguna fórmula. Soy muy abierta. No me cierro a lo que me dice uno u otro. Es como en el quiosco: ¡tengo que saber recibir todos los pagos! -levanta los hombros.

- A propósito de abrirse... ¿sabes algo de constelar?

- ¿Constelar? Ahí me pillaste, ¿es algo nuevo?

-Toma nota –le digo triunfante- Condell 67, Limache.

-¿Sirve para todo?

EN OLMUE

No es que lo vaya a ver a él, al haitiano. Aunque no me disgustaría abrazarlo y sucumbir. Total, qué más da. Pero es un asunto de trabajo lo que me devuelve a este lugar, me voy diciendo cuando me interno a pie por el callejón de tierra en

Olmué. Necesito terminar la última crónica del relojero de Limache. No quiero hacerlo sin antes cotejar la historia del relato del escritor y lo que me contó el actual relojero de calle Prat, aquél día soleado en que sus hermanas lo hicieron interrumpir nuestra entrevista. ¿Simple curiosidad? Tal vez.

Hoy no hace calor como aquel día. Al contrario, es inicios de una primavera tan helada que a pesar de ir caminando estoy entumida. Los kilos que me sobran hacen lo suyo, pienso, aunque ya no me desespero por bajarlos. Qué más da. Continuo lentamente hasta llegar a la casa cuyo frontis es igual al descrito en el relato encontrado en el ropero. El escritor de chaqueta de tweed ha vuelto a interceptarme por sus hojas extraviadas; lo he visto un par de veces en el Moneglia sin la colombiana. Según me ha contado la mesera del café la semana pasada, ella habría regresado a su país por unos meses.

Debí traer mi termo. No es que me guste tanto el sabor del café, al principio sí, ahora lo bebo sólo porque me quita el hambre, definitivamente es el mejor anorexígeno, pero agrega pesadillas a mis sueños. Ya probaré otra cosa. He llegado a la casa. Veo la silla plástica junto a la puerta. En este momento la mujer saca dos bolsas de basura y las deja en la calle.

-¿Cómo está? –le digo con toda la amabilidad que soy capaz de mostrar.

- Quien la viera, quien la ve- me responde desganada sentándose. ¿Me estará confundiendo?

-Me gustaría seguir nuestra conversación... ¿recuerda? Es por la crónica y la historia de esta casa- agrego con una sonrisa.

-¡Buen recuerdo debe tener usted de esta casa!- me larga y yo hago como si no la hubiera oído.

-Sí, exactamente, cuando yo me iba esa tarde, usted me decía que la casa la había comprado a las hijas...del relojero. ¿Eran ellas dos solamente o había un hijo también en la familia?

-¿Hijo?...-trata de acordarse- hijo no vi ninguno, a no ser que...- vuelve a desconfiar- ¿y para qué quiere saber tanto detalle? – me mira de lado.

-Para la crónica del semanario local.

-Mire, para esas cuestiones vaya a la biblioteca mejor, que aquí estamos para trabajar...- como le tapo la vista de la calle, inclina la cabeza hasta que logra ver quien viene.

-Ahí viene un par nuevo- me dice señalando a dos haitianos que se acercan - lo malo es que para la paga... -hace un gesto bajando su mano de manera brusca.

Me hago un lado. Ella llama hacia adentro de la casa y desde el pasillo asoma un joven que hace de traductor.

-Diles que no me bajo de precio y que se paga adelantado. El joven traduce, los recién llegados aceptan.

-Ubícalos en la pieza de la que se fue recién, ahí frente al baño.

-Tiene mucho movimiento de inmigrantes usted –le digo una vez que el trío desaparece en el pasillo.

-Hay de todo, la joven que acaba de irse era chilena, se puso atrevida, la tuve que sacar por la fuerza...pero no me quejo.

-¿Una chilena...esa mujer que usaba tacos de colores? – pregunto curiosa recordando a la Tacos amarillos.

- ¡Está bien informada usted!

-Es mi trabajo, informarme – le digo en tono humilde.

-Mire, por aquí pasa de todo, una no se entromete mientras paguen –se toca el mentón y levanta los hombros- pero ésa era puta y rota además.

-Entiendo. Me traía a los fulanos acá mismo y yo le decía: ‘está bien pero el precio es otro’. No quiso entender así es que llamé a mi sobrino paco y asunto solucionado.

-Es bueno tener parientes que la ayuden a una...-trato de empatizar otra vez.

-En caso de emergencia es bueno. -muestra sus dedos de uñas largas y sucias- Mire -se entusiasma- aquella historia sí que es buena...

Me habla de cómo la trataron de niña comprendo que será difícil traerla de vuelta a lo que quiero saber. Viene de una familia pobre y numerosa, sin educación; el padre fue obrero de la antigua fábrica de escobas de Limache. Muchas disputas entre hermanos, sobre todo desde que ella adquirió la casa de las hermanas del relojero.

-Muy buena su historia... veo que cuando adquirió la casa empezaron las peleas con sus hermanos... ¿ya había fallecido el relojero entonces? –hago un último intento de retomar la entrevista para la crónica.

-Mire, mi hermano...- vuelve a relatarme el lío familiar y estira la cabeza hacia el pasillo de la casa. Yo hago lo mismo. Asomo mi rostro a la oscuridad y los veo venir. Él, el haitiano de camisa colorada y la barrendera. Él no me ha visto aún, pendiente de acomodar la mochila en su preciosa espalda. Tiemblo de pies a cabeza.

-¿Y va bien la espera del bebé? -les pregunta ella toda

amabilidad, girando su rostro hacia el mío con una sonrisa, que percibo de franca crueldad. Mientras cruzamos miradas rápidas con él y me hago a un lado para que salgan, ella agrega en el mismo tono dirigiéndose a mí:

-Se trasladan a Lliu-Lliu los tortoli... Su voz queda interrumpida por el sonido del camión basurero que aminora la velocidad frente a nosotros.

-¡Hola! Tía mamy- grita el barrendero sujeto a la pisadera del camión y ella responde con una sonrisa a la que le faltan dos dientes.

EN EMAIL INCONCLUSO A LA FILÓSOFA

He gozado leyendo tu último email. Estoy sorprendida. Dejas la universidad, a tus alumnos, los cursos. Eso se llama un cambio en medio de la vida. ¿No habrá por ahí algún pastelero que tentó tu paladar? No me esperaba tamaño giro en tu menú: sin libros sesudos a cuestras. Las manos en la balanza, aquilatando ahora la cantidad precisa de dulce y sus variaciones. Me dices que el hacer con tus manos, con tus dedos, el sacar panecillos del horno te ha provocado un 'goce sensorial inigualable' en el que antes ni reparabas. Un pastel era para comérselo y ya...

EN UNA PESADILLA

El bus toma la carretera norte en este momento en dirección a Santiago. Empiezo a cabecear con el zumbir uniforme del motor. Me rindo a la monotonía de ir sin tropiezos cómodamente sentada. Despierto con una sensación opresora cuando entramos a Santiago. Un trago de café cargado de mi termo me alivia la garganta seca. Últimamente tengo pesadillas. Mi amiga del quiosco me dice que tomo mucho café. Puede ser, pero me quita el hambre.

En el sueño me acomodaba de lado para quedarme dormida y cuando lo hacía, me daba cuenta que mi cuerpo descansaba sobre una de las repisas laterales de la animita de avenida Eastman. Frente mío había un sin número de candelabros chorreados de esperma y de flores marchitas que habían sido dejadas ahí. Sin embargo, yo sabía que la Consteladora estaba a cargo del lugar. Asomaba mi cabeza a la entrada y la veía barrer. Nos hacíamos una seña con la mano. No más percibir su gesto y ya no era la repisa de la animita donde descansaba mi cuerpo sino el suelo del quiosco de mi amiga. Me sentía muy incómoda, no podía conciliar el sueño y me distraía con los titulares y las fotos de los diarios que colgaban suspendidos de un cordel. Levantaba mi cuello para lograrlo, pero la postura me producía cansancio y dolor, aunque seguía leyéndolos como quien cuenta ovejas. De pronto mis ojos se detenían en una de las fotos donde aparecía Paloma Mamy al micrófono y el papá de mis hijos bailando con la Tacos amarillos. Es imposible me decía yo y me sentaba para ver mejor. No era un error, eran ellos. Con la cabeza vuelta hacia arriba, sentía que me faltaba el aire, estiraba mi rostro hacia la ventanilla del quiosco y veía a mi hijo. Venía a avisarme que la guagua había nacido. Partíamos corriendo a conocerla, tomábamos distintas micros y taxis, el trayecto era muy largo, parecía que nunca llegaríamos. Mi hijo me advertía que la mamá no era esa polola suya cuyos papás vivían en el sur. Por fin entrábamos al hospital de Limache y yo no entendía por qué habíamos necesitado tomar tantas micros y taxis. Con una sensación de extrañeza recorría con él una sala larga con las paredes descascaradas y el techo viniéndose abajo. Todo estaba decrepito y mal oliente. Se me encogía el corazón de pensar que una guagua pudiese nacer allí. Atravesábamos una veintena de camas en fila hasta detenernos donde yacía la jovencita que barría la plaza, con la que yo deseaba conversar hacía mucho tiempo atrás, la que se iba con el haitiano a Lliu-lliu, la Barrendera. Tenía una guagua negra al pecho. Mi hijo la

cogía sonriendo para mostrármela, pero yo me distraía al escuchar el sonido creciente de los suecos de la Ñandú, quien me tomaba del brazo y me tironeaba hacia otra sala donde nos pondrían imanes. Yo le decía que los imanes ya los había probado y que no surtían ningún efecto. Indiferente a mis palabras, insistía en empujarme del brazo. En un tira y afloja llegábamos a otra sala.

Era la antigua parroquia del hospital Santo Tomás. Veía las figuras del vía crucis, los mosaicos de las ventanas y al ver a la colombiana que nos esperaba con una sonrisa, yo salía a la calle. Estaba lloviendo. Me venían unas ganas locas de comer sopaipillas, buscaba algún quiosco cercano. A media cuadra había un puesto de libros usados. La dueña de la casa de Olmué los vendía, estaba sentada sobre un enorme piso, parecido al trono de un rey y cada tanto hacía leves inclinaciones de cabeza a los peatones. Yo tomaba un libro que tenía por título 'La triste historia de un relojero de Limache'. 'Voy a saber' me decía, 'voy a saber' me repetía a mi misma y me arrancaba sin pagárselo, mientras oía sus gritos: 'hija de puta, mal nacida, concha de tu madre...'

De pronto me detenía: no era yo, era la Filósofa la que repetía 'voy a saber'. La dejaba en medio de la calle y corría hacia la pérgola de la plaza donde había una sesión pública de biodanza. Me sentaba a observar de lejos. La instructora y su marido se contoneaban al son de Mickel Jakson, entonces me distraía y veía venir al escritor sentado sobre una silla de ruedas. La silla la conducía la dueña del altillo donde yo había dejado mi bicicleta, ella venía seguida por un tropel de perros vagos. Al llegar frente mío, él se ponía de pie y ambos desaparecían caminando del brazo, aunque los perros, montones de perros se quedaba a mi lado. Me venía la sensación de que debía huir, pero no sabía hacia dónde. Suponía que los perros me seguirían. No sabía qué hacer. Miraba al frente, a los lados, atrás. Todas las posibilidades me

parecían iguales. Estaba girando mi cabeza por segunda vez hacia Urmeneta, cuando llegaba mi hija. Traía una revista bajo el brazo y me mostraba un vestido que vendían a la vuelta de la esquina. El vestido se parecía a aquel que llevaba la terapeuta de las flores de Bach y que tanto me había gustado. Con mi hija nos dirigíamos a comprarlo. La tienda estaba ubicada en el segundo piso del edificio de estilo italiano, que yo no había querido visitar aquel día de la caminata. La escala por dónde subíamos crujía con nuestro peso, yo temía que se viniera abajo y me sujetaba del pasamanos, el que cedía como si se tratara de un elástico.

-Ya me ha fallado otras veces –le decía a mi hija. Ella me miraba con extrañeza. Yo le mostraba que el manubrio de mi bicicleta se había soltado del tubo (telescopio), pero que se podía andar lo más bien sin manubrio. Nos íbamos las dos pedaleando para formar parte de una caravana que recorrería Olmué. Atravesábamos caminos de tierra con piedras que nos dificultaban el paso, íbamos por una avenida ancha sorteando charcos. Venía el camión basurero con la tolva dando vueltas. Con su paso quedábamos cubiertas de polvo y de bolsas plásticas. Tomábamos una micro y el chofer de tanto en tanto extendía su mano derecha para agarrarnos el trasero. Al llegar al lugar de la carrera, yo presentaba a mi hija a las personas que iba reconociendo. Ahí estaban, la mujer de las gallinas con su turbante azul, la Rapunsel, la Lechera, la masajista de Quilpué, la terapeuta de las flores de Bach; la harpía, presentándome a su hijo; la secretaria de la oficina con su amiga de los cosméticos y mi amiga del quiosco al grito de:

-Experiencia única, sirve para todo; experiencia única, sirve para todo - organizaba en ese momento una subida al cerro La Campana. Yo no sabía si ir a la caravana o a la caminata y por último iba por un helado. La heladería en realidad era un baño público del que venía saliendo el haitiano de camisa roja con

sus ojos puestos en mi cuerpo, lleno de polvo y de bolsas plásticas. Él levantaba sus hombros y cuando yo extendía mis manos sucias hacia las suyas, me desperté.

CON MI PAPÁ

Cuando el boletero me devuelve la tarjeta en Pajaritos me doy cuenta que han pasado doce meses desde la última vez que vine a ver a mi papá. El metro va saturado de pasajeros, nos acomodamos en un tira y afloja de cuerpos que se mueven al unísono. Aprieto mi bolso, levanto mi cabeza de melena colorina por sobre las otras cabezas y respiro un aire enrarecido. Al bajar en Manuel Montt prefiero tomar un taxi que me deja en la puerta de la residencia. Toco su puerta. Escucho el arrastrar de sus zapatillas.

-¡No me avisaste!- me dice con rostro desencajado.

-Olvidé avisarte, lo siento- le contesto empujando la puerta para entrar. Él se hace a un lado y vuelve a sentarse junto al mismo lustrín de hace años. Sin mirarme se aplica en escobillar sus zapatos. Los tiene repartidos sin cordones en la alfombra. Los hay de color negro, café, gris oscuro. Reconozco unos muy viejos y se los muestro.

-¿Todavía los usas?-

-No, pero me gusta mantenerlos limpios-

-Te veo lustrándolos todas las noches sentado en la escala...-

-¿Te acuerdas de eso? Hace mucho tiempo- me dice con cara de extrañeza.

-Sí, me acuerdo de algunas cosas, ahora último...de nuestro juego de las orejas, por ejemplo-

- Sí...¡ah!- responde sin interés. Lo dejo que termine de lustrar

mientras me acerco a la ventana. La primavera está en pleno. Diviso un ciruelo florido.

-Tienes bonita vista- le comento.

-No es mala, es verdad.

-¿Sales a veces a la calle o a esa plaza...?-

-A veces, cada vez menos.

-¿No te interesa o te cansa?

-Mmm...ambas.

-Difícil etapa la vejez...- lo tanteo.

-¿Vas a escribir una crónica? Me largo a reír y él se mantiene tal cual. Lo miro ir al closet, guardar el lustrín, ir poniendo los zapatos ordenados, encajarlos perfectos en un espacio estrecho. Los mueve, los gira hasta que encuentra la manera apropiada. Cierra el closet, se va a lavar las manos y viene a sentarse en el sillón que ha acarreado de casa en casa. Es una Berger que era de su mamá, la abuela que no conocí.

-¿Almuerzas acá?- me pregunta de pronto y como le digo que sí, va al teléfono y avisa que tiene un invitado.

-Dices 'invitado', y no le dices que soy yo, tu hija-

-Para hacer un plato más de comida no se necesita saber que es mi hija la que lo va a comer- me contesta sentándose nuevamente.

-Veo que te ha molestado mi visita sin aviso.

-Sí. Me gusta saber con anticipación.

-Lo siento. Es que he estado...con algunos detalles...

-No es para que me cuentes tus 'detalles'.

-Está bien. Tu nieto ganó un concurso de cuentos con un relato policial y me pidió que viniera a contártelo- levanta un rostro inmutable hacia mí y me doy cuenta que no se ha afeitado.

-No te has afeitado aún...- le digo con suavidad.

-¿Acaso viene también tu mamá por ahí? –me largo a reír. Esta vez él esboza una mueca.

-¿Quién más vivía o vivió con nosotros cuando yo era chica?- Ahora sí me mira con dureza. Erré de tiro, pienso y espero su respuesta.

-¿Por qué me lo preguntas, otra crónica?

-Es una historia larga que te voy a acortar. Me hice una terapia con unos muñecos. Eliges uno por cada miembro de tu familia y yo no sé por qué cogí cuatro muñecos y no tres.

Guarda silencio. Lo veo que se incomoda, hace ese gesto suyo de asco con la boca. Luego empieza a tirar de las pelusas de su chaleco de lana. Se empecina en no dejar ninguna a la vista. Las toma, las apelmaza y va a tirarlas al baño. Escucho el ruido de la cadena del wc. Vuelve, mira la hora y regresa a sentarse en la Berger.

- ¿Vivía alguien más con nosotros, alguna tía o tío venía a pasar temporadas en la casa? –insisto.

-La verdad, no sé a qué viene este interrogatorio – me contesta francamente enojado.

-Ustedes nunca me explicaron. Un día comprendí que ya no

vivirían más juntos y eso fue todo- me sorprende diciéndole.

-Pregúntale a tu mamá. Ella se explayará contándote. Me extraña que no lo haya hecho ya con detalles...

-No hablo con mi mamá. Tomó el bando del papá de los niños. Te pregunto a ti. Eres mi papá...

Vuelve a ponerse de pie. Esta vez va al closet, descorre la puerta, se saca el chaleco, lo dobla, lo pone sobre un alto de chombas del mismo color y coge otro.

Para llamar su atención me siento en la Berger. Cuando regresa y me ve, se dirige a la ventana y mira hacia fuera sin hablarme. Su reloj de pared anuncia las 12,30.

-Vamos a almorzar -me dice.

Recorremos el pasillo en silencio, nos ubicamos en la misma mesa de la visita anterior. Hay dos platos de sopa servidos esperándonos. Lo escucho sorber por primera vez. Saborea cada cucharada. Se escurre un poco de líquido por su mentón. No levanta la cabeza hasta que llega el postre, el consabido flan de chocolate que devora con fruición. Le ofrezco el mío y lo acepta.

-¿En Limache aún? – me pregunta cuando termina.

-No, ya no. Estoy viviendo en Los Andes ahora- contesto.

-En Los Andes... ¿y qué tal esa ciudad?

-Me gusta. Estoy lo más bien.

-Los Andes...-trata de recordar.

-Sí, estoy a un paso de Mendoza- lo ayudo.

-Tú próximo destino- me dice sonriendo por fin.

-Por qué no.

Al regresar a su pieza le cuento de la existencia de su bisnieto.

-Te hicieron abuela bien rápido -es su único comentario.

-Abuela a distancia...igual que tú -vuelvo a sorprenderme de lo que le estoy diciendo. Entonces me viene la imagen de nuestro juego de las orejas, se lo menciono otra vez, hace un par de comentarios divertidos. Lo tomo del brazo y llegamos a su pieza. Mientras él enciende el televisor para ver el noticiario, entro al baño y cuando salgo lo veo de pie junto a la ventana con la vista perdida. ¿Ya espera que me vaya para seguir con su vida sin altibajos? Echo un mirada a la pantalla del televisor, transmiten un partido de futbol. Nunca le han interesado. ¿Ahora sí? Al despedirnos y antes de cerrar su puerta me dice:

-Hubo un primo de tu mamá con nosotros, era piloto de avión, venía y se quedaba unos días, a veces semanas... él y tu mamá... -me suena el celular: es mi amiga del quiosco.

-¡María! Te tengo un dato, ¡toma nota!